

ALEX TOWER
UN MUNDO LLAMADO BODOOM
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

Alex Towers
Un Mundo Llamado Badoom
(Luchadores del Espacio — 233)

Datos del libro

Colección: Luchadores del Espacio
ISBN: 0000000000000
Generado con: QualityEbook v0.60

Un mundo llamado Badoom

Alex Tower

Luchadores del Espacio/233

CAPÍTULO I

OL Owar, el Regidor, se acercó al panorámico ventanal y miró a través del cristal, como hacía todas las tardes cuando daba fin a su jornada y disponíase a retirarse a su residencia. Siempre había disfrutado con la maravillosa contemplación que ofrecía la metrópoli cuando el cielo se tornaba púrpura al irse ocultando el rojo sol en el horizonte. Era un sedante para sus nervios y un recreo para sus ojos cansados de leer informes, partes y memorias. Se trataba de una costumbre que inició el primer día que ocupó aquel suntuoso despacho situado en el penúltimo piso del más grande y elevado edificio de Badoburg: el de la Regiduría.

Sostenía entre sus dedos un largo cigarrillo que no fumaba y se consumía lentamente, saliendo de su brasa un largo y rectilíneo trazo de humo que se contorsionaba y dispersaba al alcanzar cierta altura.

Aquel hombre de edad madura, alto y corpulento, con la piel color ceniza muy tostada por los soles del Universo, tenía el ceño fruncido y su respiración no era normal. Si alguien estuviera observándole comprendería en seguida que una gran preocupación le atormentaba.

Un suave zumbido sonó en la estancia. Sin dejar de observar por la ventana, el hombre dijo en voz baja:

—Adelante.

Una puerta de cristal opaco se deslizó hacia un lado y apareció un soldado uniformado de plata y negro que se quedó inmóvil en el dintel.

—¿Qué ocurre? —preguntó el hombre sin volverse. El soldado dio un fuerte taconazo y explicó:

—El Visitador acaba de entrar en el edificio, Regidor. Unos segundos se tomó en contestar:

—Que pase tan pronto como suba.

El soldado se retiró después de saludar, cerrando la puerta.

El Regidor se apartó de su observatorio y fue a sentarse en el cómodo sillón que presidía el centro de una estilizada mesa sobre la que no había más adorno que un pequeño modelo en oro de aeronave, recuerdo de sus tiempos de cadete ilusionado y capaz de creer en sus semejantes. Bastante tiempo había pasado desde entonces. Con gesto rabioso tiró el resto del cigarrillo a un rincón.

No podía considerar como brillante la culminación de su carrera militar. Otros compañeros suyos de promoción disfrutaban destinos de más porvenir y, sin embargo, ninguno poseía una hoja de servicios como la suya, testimonio de una labor extraordinaria. ¿Qué clase de pecado había cometido para que el Gran Mando Imperial le asignara su actual destino? Ir a Badoom significaba pasar el resto de su carrera allí, aguardando la hora de su retiro sin esperanza de alcanzar un escaño en el Gran Mando, a pesar de ser uno de los que habían figurado en la lista de aspirantes para la sección Militar.

y ahora, para colmar el vaso de las desdichas, le sucedía lo que casi ninguno de los regidores del Imperio tenía que soportar: la inspección de un Visitador; de un personaje serio, mal encarado y obsesionado en ver mal lo que marchaba bien. Sabía que, a pesar de estar todo en perfecto orden, el Visitador no se marcharía sin dejar constancia de su presencia. Ordenaría revisiones para mejorar los sistemas administrativos considerados excepcionales.

Le había sido notificada su llegada sólo veinticuatro horas de antelación, por lo que apenas había tenido tiempo de poner en orden lo más indispensable y pedir a sus oficiales y funcionarios civiles que preparasen los libros de contabilidad. Además, el nombre del Visitador era Dal Dorgem, secretario del Gran Mando y eminencia gris de la política galáctica. ¿No existían otros mundos en el Imperio más importantes para ser inspeccionados?

Cesó en sus divagaciones cuando la puerta de su despacho se abrió y entró un anciano ricamente ataviado. Era el Visitador, que avanzaba sonriente hacia él. El Regidor de Badoom se incorporó y salió a su encuentro. Mientras lo hacía fue estudiando con interés al recién llegado, considerando que abusaba en sus vestiduras de las incrustaciones en oro y platino.

Los dos hombres se detuvieron a un metro de distancia, mirándose. El Regidor hizo una pequeña inclinación y tendió su diestra, que el Visitador estrechó casi con desgana, sin abandonar el aspecto risueño en su flaco rostro.

—Estoy satisfecho de conocerle, Ol Owar —dijo Dal Dorgem.

—Es un honor que me otorga el Imperio enviando a este apartado

planeta a tan alta jerarquía —contestó el Regidor, invitándole a sentarse.

Los dos hombres se acomodaron en sendos sillones, separados por una pequeña mesa. El soldado, que se había quedado junto a la puerta, se hizo a un lado para dejar paso a un mecanohombre que se acercó hasta la mesa, dejando sobre ella una bandeja con licores. Luego, cuando se hubo marchado, el soldado se retiró a una señal del Regidor.

—Me permito recomendarle este licor. Visitador —dijo Ol Owar. al tiempo que llenaba un par de labradas copas con un líquido espeso y ambarino-o Lo destilan los plantadores y es exquisito.

Dal Dorgem se llevó la copa a los labios y bebió un pequeño sorbo. comentando:

—Es bastante bueno, sí.

—No diga eso delante de un badonita si no es su intención ofenderle. Debe decir que en su vida ha bebido algo tan bueno.

—Es verdad. Ya me habían hablado del orgullo de los badonitas. Lo había olvidado. Gracias por recordármelo.

Un molesto silencio se produjo. El Regidor se sentía inquieto en su asiento, mientras su ilustre visitante terminaba de apurar tranquilamente su copa.

—Supongo que después de éste nuestro primer encuentro, tendré que asistir a algunas recepciones, comidas, presentaciones a altos funcionarios, etc..., según estará programado para antes de iniciar la inspección. ¿Me equivoco?

Ol Owar asintió con la cabeza.

—Desde luego; aunque apenas he tenido tiempo para pulir los preparativos. Su llegada me ha sido informada con muy poco tiempo de anticipación —se excusó.

—Lo sé. Todo ha resultado un poco precipitado. Espero que no lo tomara a mal si le pido que prescinda del protocolo y vayamos

directamente al asunto.

El Regidor de Badoom se quedó un poco perplejo. No se atrevía a pensar si debía alegrarse o no ante aquella petición que más bien parecía una orden.

—Me es indiferente —replicó—. Como de costumbre, había cursado invitaciones a los grandes plantadores. a pesar de saber que no asistirían. No se mostrarán defraudados porque no se molestarán en venir. —Estoy ampliamente informado de esos detalles. de lo reacios que son los badonitas a participar en los actos públicos del Imperio. Por lo tanto, deberé ser yo quien tenga que ir hasta sus plantaciones. —¿Piensa ir al Sur?

—Usted mismo ha dicho que prefieren ignoramos.

—Es un viaje peligroso. Tendré que disponer una escolta para que le acompañe.

—Nada de eso. Vendrá solamente mi colaboradora. Ol Owar movió nerviosamente las manos.

—Debe comprender mi situación, señor. Ante el Imperio soy responsable de su seguridad mientras se encuentre entre nosotros. La escolta ...

Dal Dorgem le atajó, diciendo:

—Consentiré en que me acompañe el oficial que usted designe, además del piloto del navío. Para su tranquilidad redactaré un documento librándole de toda responsabilidad.

—Siendo así... Pero le advierto que algunos plantadores no le recibirán bien. Se encuentran estos días en plena recolección.

—Seguro que no se alegrarán al verme. Lo sé. Pero necesito cambiar impresiones con su Consejo de Venerables. Es importante.

El Regidor no respondió. Permaneció en silencio, esforzándose en adivinar las verdaderas intenciones de su interlocutor. Al mover la cabeza observó que el Visitador le estaba mirando con aire divertido. —¿Se pregunta por qué he venido a Badoom?

Ol Owar no respondió hasta que Dal Dorgem le animó a que lo hiciera.

—Puede preguntar lo que desee. Mi intención es que nos ayudemos mutuamente. Comprendo que para usted mi visita no resulta muy agradable. Será mejor que nos vayamos sincerando.

El veterano militar expulsó ruidosamente el aire que había retenido en los pulmones.

—Bien —dijo-o No puedo comprender el motivo que le ha impulsado a salvar una distancia tan considerable como lo es cien años luz. La administración de este planeta no es mejor ni peor que la de otros cientos que forman el Imperio. Los envíos se realizan todos los años con normalidad. También las cosechas aumentan lo que estipula el Centro Alimenticio.

Dal Dorgem se incorporó de su asiento, acercándose a la ventana.

El sol ya se había ocultado casi por completo y las luces artificiales de Badoburg resplandecían cegadoras. Mirando hacia la calle, dijo:

—Usted habrá mirado cientos de veces la ciudad que se extiende en derredor, próspera y moderna, llena de comerciantes de toda la galaxia; de navegadores espaciales, soldados y demás elementos buenos y malos que forzosamente acompaña al movimiento de una naciente metrópoli. Pero ¿cuántos aborígenes conviven con los ciudadanos del Imperio? Apenas se pueden contar unos cientos. Y casi todos vienen de paso o a comprar cosas indispensables, marchándose cuanto antes.

La primera autoridad de Badoom escuchaba con atención al Visitador, intentando comprender mejor sus palabras, las cuales le resultaban fuera de lugar.

—Hace algunos cientos de años, cuando el Imperio cimentó su poderío después de vencer a la Coalición, este planeta fue ocupado por nuestros soldados e ingenieros. La lucha fue corta y poco sangrienta, pero arrebatamos a los badonitas lo que ellos tenían en mayor estima: su libertad y aislamiento —añadió el Visitador, sentándose de nuevo.

—Tarde o temprano tenia que suceder. Este sistema estaba dentro de nuestra jurisdicción y teníamos derecho a apropiárnoslo. —¿Considera rentable su explotación?

—No, desde luego. Los envíos que se hacen a Tierra no compensan los gastos que ocasionan la escasa guarnición a mis órdenes. —¿La considera insuficiente?

—A veces he tenido que solicitar el envío de refuerzos a Casstill.

En algunos puntos del Continente los plantadores se resisten a cosechar el talén. He pedido infinidad de veces a la Tierra más tropas permanentes.

Dal Dorgem cruzó las piernas y arregló los pliegues de su túnica.

—Casstill es un planeta rentable. Sus minerales son necesarios para las fábricas del Imperio. La más elemental prudencia nos aconseja defenderlo de las incursiones de la Zona Neutral.

—Badoom posee en su subsuelo minerales casi en tanta cantidad como en Casstill, y no se extraen. ¿Por qué? —se quejó el Regidor.

—Pero en Casstill no puede crecer el talén. Las razones son bien conocidas. Sólo en Badoom puede haber talén.

Ol Owar se sintió tentado de exclamar, de gritar incluso, que no podía comprender la utilidad que el Imperio obtenía del talén, un raro tubérculo que los badonitas cultivaban con su peculiar pericia. A pesar de llevar cinco años al frente de la Regiduría de Badoom, aún no había podido encontrar una respuesta aceptable. Recordó que estaba terminantemente prohibido investigar los pormenores de los envíos de talén a Tierra, donde era tratado en unas factorías celosamente vigiladas. Existían leyes en Badoom que obligaban a los plantadores a entregar un mínimo de producción a las autoridades. No era un tributo, puesto que se les pagaba con largueza; pero al mismo tiempo se castigaba con severidad a los que no cumplían con lo dictado.

Una de las órdenes que recibían los regidores de Badoom al hacerse cargo del mando era velar para que cierto número de miles de toneladas de talén fuese embarcado rumbo al Sistema Sol. Y el cupo estipulado por el Centro Alimenticio aumentaba cada año. Si el talén era lo único que la Tierra quería de Badoom y éste era enviado con escrupulosa regularidad, ¿para qué estaba allí el Visitador? No le podía reprochar nada.

—Una de las metas que me ha pedido el Emperador que logre es la siguiente: he de procurar que los badonitas dejen de pensar que pueden ser gobernados por ellos mismos, y que se sientan ciudadanos del Imperio —dijo Dal Dorgem.

Ol Owar casi pegó un salto en su silla.

—¿Acaso se piensa en darles voz y voto en la Gran Asamblea?

—¿Por qué no? Otros planetas han obtenido esos derechos. Empero, respecto a Badoom, dichas prerrogativas habrán de tardar tiempo, el suficiente para que el odio que los badonitas sienten hacia nosotros vaya desapareciendo, puesto que en caso de ingresar en la Asamblea y serle reconocido a este planeta el derecho a la

autodeterminación, podrían abandonar el Imperio.

—No creo que ninguno de nosotros viva lo suficiente para ver eso sonrió el Regidor, sin poderse contener.

—Se equivoca. La transición ideológica sería lenta, pero necesaria para el bien común. Es inevitable que se produzca. La guarnición no debe ser reforzada. No es nuestra intención llamar la atención vigilando un mundo que se supone carente de riquezas. Contamos con tropas suficientes en Casstill, a tan sólo a treinta millones de kilómetros de Badoom, para solucionar una emergencia. Esto debería impresionar a los badonitas.

—Lo dudo. Los badonitas nunca salen de su planeta. Ni siquiera saben que existe Casstill.

Dal Dorgem compuso un gesto de extrañeza. —¿Está seguro de lo que dice?

—Los badonitas fueron, como todo el mundo sabe, fugitivos, un puñado de hombres y mujeres cansados de la guerra que sostenían nuestros antepasados contra la Coalición. Cuando llegaron a Badoom destruyeron sus naves. Ellos creían que los viajes por el espacio eran la causa de todos los males. Se juramentaron que nunca enseñarían a sus hijos el secreto de la navegación estelar. Más tarde se convirtió en una especie de dogma religioso. Nunca he oído decir que un badonita haya salido de su mundo.

El Visitador se pellizcó la barbilla, pensativo.

—No sé... Juraría que en el astropuerto de Casstill vi a un rico plantador. Y mi colaboradora también lo vio.

El asombro de Ol Owar fue sincero. —¿Sabe su nombre? —preguntó.

—No. Embarqué enseguida hacia Badoom. Mi colaboradora ha tenido qué quedarse allí para resolver unos asuntos que dejé pendientes con el Regidor de Casstill. Puede que cuando regrese me dé detalles que pueden ser muy interesantes —dijo muy lentamente el visitador-o Mientras esperamos su llegada y se ultiman los preparativos para mi inspección por el Sur, podemos mirar un poco los libros y visitar las instalaciones.

Dal Dorgem, el Visitador Imperial, se levantó, dando por terminada su primera entrevista con el Regidor de Badoom. Éste también se incorporó, lleno de ideas y pensamientos contradictorios. No había llegado a entender las intenciones de su

importante visitante. Le resultaba demasiado confusa su actitud.

—Deseo y espero que con nuestra colaboración solventemos la crisis detectada en Tierra por el Departamento de Inteligencia. —¿Crisis?

—Eso he dicho, Regidor.

—Ni mis oficiales ni yo hemos percibido en Badoom el más pequeño síntoma de crisis, señor. Me asombra que en la sede del Imperio, en Tierra consideren algo tan absurdo. El descontento de los plantadores siempre ha existido, algo que nunca ha sido considerado como una crisis o un problema en el abastecimiento de talén —protestó.

—Estoy completamente de acuerdo con usted en que los plantadores por sí mismos nunca podrán causar problemas al Imperio, ya que serían aplastados rápidamente y obligados, aunque sea a punta de látigo, a cultivar talén. Pero, ¿no ha pensado que podrían ser ayudados?

—No tienen amigos.

—No me atrevería a calificarlos como amigos, sino aliados. Los informes que han llegado al Departamento de Inteligencia son dignos de crédito. Afirman que la Zona Neutral, la antigua Coalición que vencieron nuestros antepasados, tiene grandes intereses en este planeta. Lo miran con codicia.

—¡Absurdo! —exclamó Ol Owar. Tuvo que morderse la lengua para no decir de forma violenta lo que pensaba del Departamento, de Dal Dorgem y de toda la legión de políticos imperiales, incluido el propio Emperador. Ya más calmado, se limitó a contestar—Deseo que más adelante, cuando ya haya hecho ciertas investigaciones y evacuado consultas con mis oficiales, y si usted lo considera adecuado, analizaremos con más calma este asunto.

El Visitador esbozó un comienzo de sonrisa. Dio media vuelta y dirigió hacia la salida, seguido a pocos pasos por Ol Owar, que abrió la puerta. Se detuvo Dal Dorgem y dijo:

—No era mi intención facilitarle más datos, Regidor, puesto que no estoy autorizado para ello a menos que el conflicto se agrave. Creo que sería mala señal tenerle que hacerlo partícipe de ciertos detalles de sumo interés. Tal vez lo haga mañana.

Se marchó después de saludar con una pequeña inclinación de cabeza.

CAPÍTULO II

EL Hombre llega a un planeta que encuentra en el alba de la civilización y en poco tiempo puede transformarlo a su antojo, obteniendo él el máximo provecho posible.

El Imperio está gobernado por el Hombre. Y el Hombre, cuando ha estado buscando algo que encuentra y que necesita, se lo apropia para el Imperio. Le es vital la materia prima para su continuo engrandecimiento. Los mundos se descubren, se analizan y se les calcula su riqueza o su privilegiada situación estratégica. Si merece la pena, se civiliza y se eleva el nivel de vida de sus habitantes, si los hay y su grado de intelecto admite un cambio brusco. Ante todo es necesario saber si los gastos a realizar serán pronto amortizados. Es muy poco probable que el Imperio cometa el sentimentalismo de elevar el nivel cultural de una raza que comienza a evolucionar en un planeta desconocido sin tener en cuenta si es humana o humanoide, si el fruto que más tarde ha de recoger merece el gasto de dinero y tiempo necesarios para el esfuerzo.

El ser pequeño y enclenque odia al sano y robusto, envidia su fuerza. Pero también le admira. El Imperio se sabe odiado, admirado y envidiado por sus enemigos y amigos que fingen serIo porque consideran que sólo de esta forma, demostrando una falsa sumisión, lograrán recoger los desperdicios de la mesa del coloso. El gigante sabe que siempre deberá ser fuerte, que nunca debe mostrarse débil. Si alguna vez mostrase señales de flaqueza, todos los enanos se unirían para devorarlo. Luego, el más inteligente de los enanos se haría tan fuerte como él lo había sido.

Decir Hombre, en el más amplio sentido de la palabra, es igual que decir Imperio. Y ambas cosas pueden definirse lisa y llanamente con una palabra: la Tierra. El planeta Tierra es la cabeza del gigante, su cerebro o su corazón. Como metáfora, de las tres

maneras se puede calificar y ninguna de las tres estará equivocada ni mal elegida para representar lo que para el Imperio representa la Tierra, una colmena de miles de millones de seres, de orgullosos ciudadanos en la más vasta concentración de poder y seguridad que en la Historia se ha dado y que raramente volverá a darse. Allí, en aquel minúsculo planeta, cuna de la raza humana, se mueven los engranajes políticos, militares y económicos del Imperio.

Tierra rinde culto a las artes en todas sus expresiones, pero también a la guerra. Se sabe omnipotente, inmortal y vital para la continuidad del Imperio Galáctico que sus hijos, en el transcurso de siglos, han forjado con infinita paciencia y constancia... y con sangre.

Todos los grandes poderes necesitan tener un símbolo. El Imperio Galáctico tiene por símbolo a Tierra. Y los símbolos, si es mucho lo que representan, han de ser cuidados y velados con sumo cuidado. Incluso se ha de estar preparado para defenderlo de los enemigos ocultos y abiertos. Si el símbolo es atacado y destruido, si desaparece, es inútil crear otro que lo sustituya. Tiene que ser siempre el mismo. Sin el símbolo que ha sido creado para ser respetado y temido, el poder que sobre él descansa deja de ser efectivo.

El Imperio ha sido engendrado por la Tierra. Y ésta, cuando se siente satisfecha de su vástago, le pide protección. El hijo se la otorga interesadamente, porque reconoce que sin ella no puede enfrentarse contra sus enemigos.

El Gran Mando estaba convencido de que ni una aguja podía penetrar en el Sistema Sol sin su consentimiento. Los navíos corsarios de I a Zona Neutral se no se atrevían a cruzar los límite del Imperio. Sabían, por dolorosa experiencia, que era una verdadera locura intentarlo.

El símbolo del Imperio no podía temer a nada ni a nadie. Estaba bien guardado.

Empero, el peligro no solamente podría consistir en el ataque de una flota sideral. Había que tener presente otras argucias tan peligrosas o más que la violencia. La Zona Neutral, la gran enemiga, incapaz de atreverse a atacar de frente, podría derribar al coloso de su pedestal de poderío inutilizando el símbolo mediante otras armas más silenciosas, más sutiles y más eficaces también. Badoom era el

objetivo de la Zona Neutral.

A todo coloso se le puede vencer si se le ataca en su punto débil.

El Imperio tenía su talón de Aquiles: Badoom. Aquiles el mitológico, el vencedor de Héctor y matador de troyanos, fue muerto por una simple flecha clavada en su talón desguarnecido. Su muerte resultó una triste paradoja. Defendía su cuerpo invulnerable con corazas y cueros bien curtidos, pero no cubría la única parte vulnerable. Mas, ¿fue un olvido el error del héroe? ¿Era, acaso, su intención engañar a sus enemigos para que menospreciaran su talón y atacaran cualquier otra parte de su cuerpo que defendía con hierros?

Resulta arriesgado considerar como un rasgo de inteligencia querer ocultar su vulnerabilidad haciéndola ostentosa. Mientras en Casstill, planeta vecino de Badoom, existía un considerable contingente armado, en este último su Regidor se lamentaba de lo menguado de sus tropas.

Badoom era tan necesario para la Tierra como ésta lo era para el mantenimiento del Imperio. ¿Estaba cometiendo el Imperio el mismo error que el legendario Aquiles? Así lo temía ahora, y trataba de remediarlo con unas medidas adoptadas antaño que estaban consideradas como eficaces.

* * *

Casstill era lo opuesto a Badoom.

Recibía los rayos del rojo sol con menos potencia. Esto, junto con su suelo árido y carente de vegetación, sin la más mínima belleza, resultaba un planeta desagradable para vivir largo tiempo. Pero su riqueza minera era inagotable y variadísima. En Casstill se podía ganar mucho dinero trabajando algunos meses. Los sueldos que pagaban las compañías eran altos. Y, pese a la leyenda negra, las condiciones de vida de los mineros eran excelentes. Nadie estaba obligado a terminar su contrato.

En aquel sector de la ciudad, aunque su definición más acertada sería un conjunto de viviendas y edificios fabricados anárquicamente, resplandecían los anuncios multicolores incitando a los posibles clientes a que se animaran a entrar. Las calles apenas estaban concurridas, pero los taxis aéreos no cesaban de transportar viajeros. Los bolsillos rebosaban de un dinero recién cobrado y nadie se sentía dispuesto a caminar mucho.

Un taxi se posó blandamente sobre el terrado de un edificio, descendiendo de él una mujer joven y bella. Sus correctas facciones podían apreciarse con facilidad a pesar de la precaria luz.

—Siento no haberle podido servir, señorita —dijo el conductor desde el interior del aparato—. Hoy es muy denso el tráfico.

La muchacha le puso en la mano unas monedas a la vez que observaba la cantidad de aparatos aparcados en la explanada. Dijo:

—El cincuenta por ciento de la culpa la ha tenido su cacharro; es demasiado viejo. No lo sienta tanto.

El conductor rió y gritó para hacerse oír cuando encendió los motores para despegar:

—¡Encuentre pronto a su chico y no sea dura con su rival!

Cuando el taxi se hubo perdido de vista, Arda analizó la situación.

No era muy prometedora. Ahora se arrepentía de no haber regresado al hotel. Si no hubiese perdido el contacto con Herle Tarlan… Pero le había resultado imposible mantenerlo debido a la gran distancia que alcanzó su aparato. Ni un especialista lo habría conseguido. Aquella idea la tranquilizó un poco, la hizo sentirse menos fracasada.

Caminó hasta las cabinas de los ascensores, alegrándose de encontrar uno abierto. No había operador, por lo que ella misma tuvo que manipular los mandos para bajar a la calle. Una vez allí comenzó a andar sin rumbo tijo. Tenía proyectado recorrer aquel sector en un vago intento de volver a captar la presencia de su presa.

Las oleadas emocionales que percibía le producían náuseas. Estuvo tentada de abandonarlo todo. Pero haciendo un esfuerzo continuó adelante, con la determinación de abordar al primer taxi que encontrase vacío y alejarse de aquellos parajes.

Salió del laberinto de calles estrechas. Ahora estaba al comienzo de una plazoleta rectangular, en cuyo centro se alzaba una torre de parada del Magnético. Aquel hallazgo la animó a regresar al hotel. Aceleró el paso y entró en el pozo antigravedad, que en breves segundos la elevó hasta la estación de forma cilíndrica y abierta en todo su diámetro por los lados. Abonó en el registro automático su billete y penetró en el andén, informándose en un tablón del recorrido del convoy que recorría aquella línea. Parecía que de

nuevo la suerte la favorecía, puesto que tan sólo tendría que recorrer un par de manzanas para encontrarse cerca de su residencia provisional.

Los vagones en forma de cremallera que formaban el convoy no tardarían en penetrar por el aro y detenerse en el centro del largo cilindro que era la estación del Magnético, como se llamaba al sistema de transporte urbano mediante postes magnetizados que se encargaban de atraer a las unidades y volverlas a lanzar hacia otro poste con aro situado a medio kilómetro de distancia. Aquel sistema era ideal para las ciudades cuyos habitantes no contaban en su totalidad con medios propios de transporte. Resultaba sencilla su instalación, y barato su mantenimiento.

Arda se dedicó a observar la multitud que esperaba la llegada del Magnético, admirándole la variedad de razas que vivía en Casstill. La constante presencia de media docena de corpulentos y serios soldados armados con látigos eléctricos mantenía el orden. De súbito, sin previo aviso, su psiquis la avisó de la presencia de una fuerte oposición. Rápidamente retiró las sondas y levantó una barrera defensiva, pasando a investigar visualmente antes de lanzarse a un ataque frontal. Después de una primera impresión pudo dedicarse a analizar con detenimiento la sensación que había captado, encontrándola natural en la persona dueña de aquel poder rudimentario, poco cultivado. No se trataba de una fuerza controlada con inteligencia. Decidió arriesgarse a una búsqueda más concienzuda para conocer el aspecto de la persona con poderes similares a los suyos. Entonces, acompañado de un agudo silbido, el convoy entró en el cilindro, deteniéndose en el centro del andén.

Las puertas se abrieron y la multitud abordó las unidades. Arda se sintió arrastrada en medio de cuerpos vestidos con andrajosas y malolientes ropas. Algunos hombres olían a licor y drogas. Los humanos gritaban soezmente mientras graznaban los humanoides.

El Magnético se puso en marcha después de cerrarse las puertas con un seco chasquido, saliendo lanzado a increíble velocidad por el otro extremo del cilindro, taladrando el aire con penetrante silbido.

Arda se lamentó de haber elegido aquel medio de transporte. Algunos pasajeros le dirigían frases desagradables. Tuvo que refugiarse en el fondo de la unidad, donde permanecían dos hombres en silencio con las espaldas apoyadas sobre la pared. Sus

rostros serios parecían estudiar las punteras de sus botas. La muchacha exhaló un suspiro de alivio. Estaba resultando una jornada muy agitada y poco provechosa.

Se distrajo encendiendo un cigarrillo para terminar de serenar sus nervios. Ya tenía el rosado cilindro de tabaco entre sus labios cuando de nuevo se estremeció. Esta vez logró identificar el origen de las emanaciones telepáticas. No se trataba de una sola mente, sino de dos. Y una de ellas poseía una elevada potencia.

La muchacha, haciendo gala de un perfecto dominio, terminó de encender el cigarrillo y aspiró varias bocanadas de humo. Entonces, muy lentamente, fue volviendo la cabeza y miró a su izquierda. Cuando se situó al lado de aquellos hombres apenas había reparado en su aspecto físico y manera de vestir. Ahora lo estaba haciendo con detenimiento. La apariencia era humana, aunque su piel le pareció demasiado verdosa. Su apariencia en general tenía lo necesario para ser considerados miembros de la raza humana. Vestían ropas grises y vulgares, compradas en un almacén comunal, todavía olían a nuevas. En realidad no tenían aspecto intranquilizador.

Pero Arda presentía que todo aquello no era sino una mascarada, una farsa. Los seres carecían de algo que les impedía pasar por humanos, era falso el pacifismo que podía infundir su aspecto, que para Arda era una cobertura para ocultar sus verdaderas identidades. ¿Cómo habían podido infiltrarse en el Imperio? Estaban tan peligrosamente cerca de Badoom... Era difícil imaginar los métodos que habían tenido que emplear para burlar la barrera fronteriza.

Su primer pensamiento fue poner en aviso a las autoridades. Era su deber. El de todo ciudadano del Imperio. No podía haber piedad para los istriens. Esta era la consigna. Porque eran dos istriens los falsos hombres que estaban a su lado, miembros de la camaleónica raza que predominaba en la Zona Neutral, los más enconados enemigos del Imperio.

A pesar de su gran potencia mental y de su seguridad en sí misma, Arda comprendió que correría peligro si los istriens se percataban de que habían sido descubiertos. Aunque sus poderes mentales eran hereditarios en ellos, un arte psíquico rudimentario, no podía despreciar la fuerza que le opondrían si decidían atacarla.

Cuando el Magnético se detuvo en la siguiente estación, los dos istriens se adelantaron hacia la salida. Arda los vio alejarse con alivio. Se acercó al centro de la unidad. En la siguiente parada debía apearse. Un cuerpo la rozó al pasar para alcanzar la puerta. Lo vio bajar al andén. Ella casi no pudo contener un grito al identificarlo. ¡Era Herle Tarlan! Lo había vuelto a encontrar cuando menos lo esperaba. Sin dudarlo bajó medio segundo antes de que el Magnético cerrase las puertas y reanudase el viaje.

Estaba confiada cuando, ya en el andén, lanzó sobre Herle Tarlan una sonda mental de baja potencia. A punto estuvo de aullar de dolor al sentirse rechazada con violencia. Había cometido la imprudencia de bajar la defensa y había sido atacada por sorpresa.

Confusa, obligó su mente para desentrañar aquel enigma. El badonita Herle no poseía poderes mentales. ¿Cómo había podido defenderse e incluso atacarla? Sus ojos se posaron en un rincón del andén. Allí estaban los dos istriens, mirándola fijamente. Ellos habían sido los que la habían sorprendido, no Herle Tarlan. Ahora avanzaban hacia ella abriéndose paso entre la multitud, mortificándola con su gran potencia mental, intentando derribar la barrera levantada apresuradamente, una defensa que apenas le servía.

Retrocedió sintiéndose flotar en medio de la espesa nube que empezaba a cubrir su visión. Pudo ver al badonita observar la escena con curiosidad, como si estuviera presenciando el aplastamiento de una araña. Entre todo el gentío que deambulaba por la estación, era el único que se daba cuenta de la titánica lucha que se estaba librando entre la muchacha terrestre y los dos espías de la Zona Neutral, que habían decidido destruirla, convertirla en una masa sin vida, con el cerebro convertido en una piltrafa.

Ya no le quedaba ninguna duda, sus sospechas eran fundadas. El badonita no se encontraba en Casstill para divertirse, sino para un fin concreto, nada de unas vacaciones. Pero lo había averiguado demasiado tarde. No tendría ocasión de comunicar su descubrimiento al Visitador Dal Dorgem.

La intriga contra el Imperio continuaría adelante.

CAPÍTULO III

LOS surtidores dejaron de funcionar cuando sus sensibles mecanismos detectaron la llegada del vehículo aéreo. La presión del agua fue disminuyendo y el giro de las bocas de riego se detuvo. La campiña quedó húmeda y brillante, rodeando el bello y suntuoso palacio de cristal que parecía surgir de la nada, en medio de una brillante nube de agua pulverizada. Un arco iris cruzaba el lujuriante jardín.

Las alfombras de hierba se agitaron, formando un verde mar agitado cuando el aéreo se posó blandamente sobre ellas. De la cabina del piloto saltó al suelo con agilidad un soldado uniformado de plata y negro, que corrió a abrir la puerta trasera. Se puso firme y saludó con marcialidad al personaje que descendió.

Ol Owar respiró el fragante aire lleno de frescura. Sonrió. Era un amante de la naturaleza y en Badoom ésta era salvajemente cautivadora. Esto era lo único que le hacía soportar el sentirse un extraño en su lo que para él era un ingrato destino.

Por el asfaltado camino que conducía al palacete vio llegar a dos figuras. Sus agudos ojos descubrieron que se trataba del Visitador y el acompañante militar que él mismo le había designado como escolta el día anterior. Se alegró cuando Dal Dorgem no puso reparo alguno a la presencia del serio oficial. Owar lo había elegido entre todos, después de un cuidado examen. Dalmoe tenía un historial inmaculado y su mente era despierta. También era poco conversador. El guardaespaldas ideal para el Visitador.

Cambió los saludos de rigor con el Visitador. Ol Owar notó desde el primer momento en su ilustre huésped una sombra de preocupación, pero éste la supo ocultar con tanta habilidad que después dudó de haberla-apreciado.

—Será un día magnifico, Regidor —sonrió Dal Dorgem—. Es

lamentable permanecer encerrado, emborracharse con números y cifras, con informes aburridos. ¡Cuánta tranquilidad y belleza se respira aquí! —Un panorama idílico bastante relativo, señor —respondió Ol Owar con ironía.

—Lamento haber tenido que levantarle tan temprano para ir al Departamento, Regidor —dijo apesadumbrado Dal Dorgem—. Pero mi intención es finalizar cuanto antes la revisión. ¿Le dije que pienso solicitar una línea de alta prioridad y seguridad para comunicarme con la Tierra? Tengo que hacerlo porque pienso hablar con el propio Emperador.

—Lo ignoraba por completo. Espero que en su conversación no tenga que informar a su Majestad de nada anormal que haya visto y no me haya querido advertir —dijo Owar, sintiéndose incómodo. —Simplemente voy a pedir nuevas atribuciones. Un consentimiento del Imperio para actuar libremente si llegara el caso, y con arreglo a las circunstancias, con plenos poderes —explicó el Visitador.

La faz del veterano militar se ensombreció. Las palabras del Visitador encerraban mucho más misterio de lo que a simple vista podía parecer. Lo mismo podía tratarse la petición que iba a pedir al Emperador como un exceso de precaución que una consecuencia de lo que había observado en Badoom. Ol Owar no podía creer en el supuesto peligro que se cernía sobre el planeta, incluso sobre el mismo Imperio, que sólo podía ver Dal Dorgem.

Para su orgullo de militar, la actitud que le mostraba su huésped no podía halagarle. Si la noticia de la ampliación de atribuciones del Visitador era divulgada, el malestar cundiría entre sus oficiales, que se sentirían ofendidos.

La voz amable del Visitador le arrancó por completo de sus divagaciones.

—Cuando usted guste podemos partir, Regidor.

Ol Owar casi se sobresaltó al oír aquellas palabras. Respetuosamente cedió el paso al interior del vehículo a Dal Dorgem, entrando él a continuación. El soldado cerró la puerta antes de volver a la cabina del piloto, donde ya estaba el oficial Dalmoe. El aparato se puso en marcha y ascendió con suavidad. Cuando hubo alcanzado cierta altura se desvió hacia la derecha, enfilando su aguda proa hacia la ciudad.

En la cabina trasera, Ol Owar rompió el silencio:

—Espero que Dalmoe sea persona de su agrado, Visitador. Se lo he asignado como escolta después de estudiar entre todos mis oficiales a quien consideré que le complacería.

—En efecto, me agrada ese muchacho —admitió Dal Dorgem.

Socarronamente, añadió-o Su conversación me cautiva. Al principio pensé que era mudo.

Ol Owar se vio obligado a reír de buena gana ante la ironía del visitante.

—Esa cualidad la tuve muy en cuenta a la hora de elegirlo. Supuse que no sería su intención charlar con un simple oficial de una cuestión tan importante que parece acaparar por completo todos sus pensamientos y que, si no ha tenido a bien informarme, no iba a hacerlo con Dalmoe, un simple teniente.

La doble intención de sus palabras fue captada por el Visitador. El achicamiento de sus ojillos así se lo indicaron. al Owar también sabía decir palabras simples en apariencia, aunque en el fondo encerrasen una segunda intención. Pensó que su innata desconfianza se debía a su atávica educación castrense.

—Su deducción me parece muy sensata —respondió Dal Dorgem al cabo-o Tengo que pedirle algo —agregó-o Me sería de gran utilidad que me proporcionase lo antes posible el más completo historial de los principales plantadores de talén. ¿Puedo contar con ellos para dentro de dos días?

Ol Owar se pellizcó la barbilla, pensativo.

—Creo que sí. ¿Considera esos informes muy importantes?

—Bastante. Me servirán de mucho para mi viaje de buena voluntad

por las plantaciones. Calculo que para entonces encontraré a casi todos los Venerables del Consejo en las propiedades de Catoe Wans, una especie de jerarca de la región. ¡Ah, olvidaba algo! Los detalles sobre la familia Tarlan deben ser escrupulosos, sin apreciaciones personales. ¿Me ha entendido?

—¿Todavía sigue pensando que vio a un badonita en Casstill? inquirió Ol Owar.

Dorgem chascó la lengua, movió negativamente la cabeza y respondió:

—No es una sospecha, sino una firme convicción. Sé que los badonitas no salen de su mundo. Por lo tanto, la presencia de aquel

plantador en el astropuerto de Casstill resulta sorprendente. Pero yo le vi.

—Puedo pedir al Regidor de aquel planeta que investigue.

—Nada de eso. Podríamos alertar a nuestros enemigos. Es mejor dejar libre a ese hombre, al menos por algún tiempo. En Casstill tengo un eficaz colaborador que será más efectivo que un puñado de agentes secretos. Hace unas horas recibí un mensaje suyo. Me informaba que llevaba las investigaciones por buen camino. Ahora aguardo otro mensaje. Es decir, ya debía haberlo recibido.

Ol Owar sacó sus propias conclusiones. El Visitador podía no haber llegado solo a Badoom, sino acompañado de algunos de sus colaboradores. En su primera entrevista le habló de una mujer que dejó en Casstill. ¿Sólo contaba con ella para vigilar al badonita? ¿Tenía algo que ver su insistencia en pedir informes de la familia Tarlan con que el hecho de que se trataba de uno de sus miembros el badonita que se encontraba en el planeta minero?

Mientras el Regidor continuaba sumido en sus pensamientos, Dal Dorgem observaba el paisaje que se deslizaba bajo ellos a velocidad vertiginosa. Él también trataba de coordinar sus ideas. Se sentía turbado ante el cariz que estaba adquiriendo la situación, nada favorable para sus fines.

* * *

Arda sabía que sus fuerzas estaban a punto de ser vencidas cuando decidió jugar su última baza.

Se abrió paso como pudo a través de la abigarrada multitud. Los dos istriens marchaban tras ella seguros de su triunfo, indiferentes y despectivos. Herle Tarlan caminaba a pocos metros de estos últimos.

Los pies de la muchacha sintieron la carencia del piso firme y cayó a la pulimentada superficie del cilindro, resbalando hasta el fondo. Su alarido de espanto fue escuchado en toda la estación. La multitud se agitó. Todas las gargantas dejaron escapar voces alarmadas de desesperación e impotencia al gritar alguien, señalando con trémula mano la luz roja que se acababa de encender en el techo.

El Magnético estaba a punto de entrar en el cilindro. Nada ni nadie lo podría detener. Una muchacha iba a morir. Ya se escuchaba el silbido producido por el convoy al aproximarse.

Entonces una figura saltó al brillante fondo, cayendo al Iado de la desmayada muchacha.

Herle Tarlan, que se había lanzado al tubo, cogió el inanimado cuerpo y trató de salir con ella en brazos, pero sus botas resbalaban en el pulido metal, encontrándose en el mismo lugar cuantas veces intentó la ascensión. El griterío en el andén era ensordecedor. El Magnético continuaba acercándose. Sólo era cuestión de segundos para que hiciese su aparición en el cilindro con potencia arrolladora.

El badonita sudaba copiosamente, consciente del peligro que estaban corriendo él y la muchacha. No se había parado a pensar que al intentar sal varia se condenaba a morir también. No vio que ella parpadeaba y asombrado, casi sin poder creérselo, su pie palpó en la pulida pared del tubo un leve desnivel que le permitió avanzar un poco. Adelantó la otra pierna y volvió a encontrar apoyo. Miró hacia abajo y descubrió una serie de pequeñas aberturas que le podían permitir alcanzar la superficie del andén.

A punto estaba de llegar arriba con su preciosa carga cuando un seco estampido le hizo girar la cabeza y mirar a su derecha. ¡El Magnético estaba cruzando el primer anillo!

Todo sucedió en menos de un segundo. A Herle le faltaba medio metro para llegar hasta las manos que le tendían algunos hombres cuando sintió que una fuerza los levantaba, como si él y la muchacha no pesaran más que una pluma, y los llevaba hasta quienes los cogieron y pusieron sobre la plataforma. Fue junto a tiempo. El Magnético rozó el tacón de la bota de Herle, quedando parado en seco unos metros más adelante.

Con Arda aún entre sus fuertes brazos intentó abrirse paso entre la curiosa multitud que momentos antes los había dado por muertos. Le resultó imposible. Todos querían ver de cerca al héroe o loco que se había lanzado al fondo del cilindro para salvar a una muchacha cuando estaba a punto de entrar una unidad del Magnético. Pero las puertas del convoy se abrieron y los pasajeros salieron como una marea incontenible, insultando a los que permanecían alrededor de la pareja y dándoles empujones para alcanzar las salidas.

Herle Tarlan aprovechó la oportunidad para entrar en un pozo y abandonar la estación. Una vez en la calle la muchacha empezó a

dar señales de recobrar el sentido. Su salvador la ayudó a ponerse en pie. La cogió por su esbelta cintura y la alejó de allí.

Apenas habían recorrido un par de manzanas cuando descendió a pocos metros de ellos un silencioso aéreo. De la negrura de su interior surgió una voz que pidió al badonita que entrase. Éste titubeó un poco. No estaba sorprendido. Quien le había hablado no era un desconocido para él.

—¡Vamos, entra! —volvió a gritar quien había hablado, con más impaciencia esta vez.

El badonita abrió la portezuela trasera y sentó a Arda con cuidado sobre el asiento. Cuando se hubo sentado, dijo al conductor:

—Te exijo explicaciones, Drumma —sus palabras tenían un cargado acento de reproche.

—Más tarde —respondió otra voz, perteneciente al ser que estaba sentado junto al que conducía.

El vehículo ascendió a una altura muy superior a la que se utilizaba para el tránsito por la ciudad, poniendo proa hacia las afueras.

El que conducía dijo:

—Tú también tienes que explicar tu comportamiento.

—Ha sido muy sencillo, Ranngall. Hemos sido testigos de algo asombroso. Esa chica debía estar convertida en una piltrafa —le contestó su compañero.

Herle miraba el rostro de la muchacha, preguntándose cómo era el color de sus ojos. Notó que su cuerpo se agitaba.

Ya habían dejado atrás los arrabales de la ciudad cuando el vehículo empezó a perder altura. Se posó en la terraza de una casa de tres pisos situada en medio de un seco llano.

Arda salió de su inconsciencia, quedando sumida en un sopor que apenas le permitía percibir confusas sensaciones. Abrió lentamente los ojos y vio el rostro de Herle Tarlan inclinado sobre ella, con semblante preocupado. Sintió el frío contacto de un vaso en sus labios.

—Beba —le dijo Herle.

Ella obedeció. Un líquido espeso penetró por su garganta, notando rápidamente un gran bienestar. Entonces se percató de que estaba tendida sobre una pequeña cama. Haciendo un esfuerzo se

sentó, paseando la mirada en derredor observando la habitación. Los muebles eran sencillos y en toda la pieza no existía signo alguno de adorno.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—El sitio carece de importancia —respondió Herle dejando el vaso encima de una mesita y regresando a su lado.

—No sé qué pasó después de haber caído al fondo del cilindro.

—Ellos no opinan lo mismo —afirmó el hombre secamente-o Aseguran que ha sido una actuación extraordinaria la suya. —Sigo sin entender.

Él se encogió de hombros.

—La verdad es que no comprendo gran cosa de todo esto. Ellos afirman que me ha manejado con una maestría paranormal que los ha dejó desconcertados.

—Creo que todavía no entiendo nada. Debe ser porque estoy demasiado aturdida. Me duele mucho la cabeza —Arda sonrió levemente.

—No debe seguir fingiendo conmigo. Usted me obligó a saltar para que ellos nos salvaran. Muy ingenioso. Si la rescaté del Magnético fue debido en parte a su fuerza mental, pero puede estar segura de que mi moral me impide ahora que permita que le hagan daño.

La muchacha examinó su situación. No la encontraba nada halagüeña. Estaba en poder de sus enemigos y no podía confiar en sus poderes porque el atormentador dolor de cabeza que sufría se lo impedía. Ya era extraño que no hubiese tenido un grave daño cerebral con consecuencias irreparables.

—¿Están en esta casa? —preguntó.

—Sólo uno —Herle titubeó antes de responder.

—¿Soy su prisionera?

—Podrá moverse libremente por la casa si nos garantiza que no intentará huir. La retendremos hasta que consideremos que puede volver con los suyos.

—Una actitud muy generosa. Normalmente, a los prisioneros molestos se les quita de en medio lo antes posible... y para siempre. —Eso es lo que opinan. He tenido una fuerte discusión con ellos para que la conservemos con vida.

Los ojos de Arda miraron al hombre sombríamente.

—Ya he comprendido que le debo la vida. Sin embargo, me sorprende ese gesto en un badonita. ¿Acaso no sabe que soy ciudadana del Imperio?

—Lo había sospechado. Ella suspiró.

—Vaya. Parece que soy un desastre como agente secreto. Es divertida mi situación, ¿verdad? Soy capturada por mis adversarios, y éstos, como en una narración de estéreo, me perdonan la vida. ¡Cuánta gentileza! ¿Qué debo pensar que hay en tanta nobleza y generosidad?

Herle cogió el brazo de la muchacha con rudeza y le dijo:

—Puede ser que considere mi acción como algo fuera de lo corriente en un badonita. Sé muy bien cómo piensan de nosotros los lobos del Imperio. A pesar de nuestra diferencia, de su superioridad ante mí, siempre he creído que su raza y la mía tienen algo en común.

—Salgo de una sorpresa para entrar en otra mayor aún. Siempre he creído que a ustedes les ofendía oír esa teoría...

Herle soltó a Arda y se dirigió hacia la puerta. Se volvió y dijo con orgullo:

—La actual generación de Badoom comprende las cosas que nuestros abuelos trataban de mantener alejadas de nuestro pueblo.

—¿Los viajes por el espacio, por ejemplo? Debería sentirse orgulloso de ser el primero de Badoom que ha visitado otro planeta comentó Arda con sarcasmo.

La reacción del badonita no fue la que esperaba; HerIe no adoptó una actitud arrogante. Sus labios dibujaron una sonrisa.

—Hace tiempo que los míos recuperaron los privilegios que nuestros antepasados se vieron obligados a renunciar.

Se marchó cerrando la puerta con violencia. Arda oyó cómo la aseguraba desde el exterior. Presentía que la libertad prometida que iba a tener sería muy relativa. Creía que respecto a Herle no tendría que temer nada, pero conociendo la alianza de éste con los istriens cabía esperar que la autoridad que el badonita ejerciera sobre los seres de la Zona Neutral no sería muy fuerte. Deseó que Herle no la dejara a solas con los istriens.

Para pasar el tiempo se dedicó a examinar la habitación. Los muebles no tenían nada interesante. Las paredes carecían de ventanas, ventilándose la habitación a través de un enrejado que

había en un ángulo. La puerta fue lo que más mereció su atención. Una sonrisa de satisfacción tloreció en sus labios cuando averiguó que el cierre no era magnético, sino mecánico. Dentro de unas horas, con su mente restablecida, sería capaz de abrir la puerta, suponiendo que los dolores de cabeza no volvieran a reducir su fuerza psíquica ..

Regresó a la cama y se tendió en ella, colocando las manos debajo de la cabeza. Miró fijamente el techo raso. Tendría que esperar el momento para intentar escapar, cuando todos estuvieran durmiendo. Pensó en HerIe. Su sexto sentido le decía que podía confiar en él.

CAPÍTULO IV

HABÍAN transcurrido cuatro horas.

HerIe se habla retirado a descansar. El silencio que reinaba en la solitaria casa parecía indicar que el istrien también dormía. Arda permanecía de pie junto a la cerrada puerta. Había tenido tiempo para reflexionar con calma y las conclusiones que había sacado no la obligaban a creer que aquella noche sería la única oportunidad que tendría de escapar. Una gran responsabilidad había caído sobre sus espaldas. Tenía datos de sobra para desbaratar los planes de la Zona Neutra, lo cual la desesperaba porque de nada le servirían si continuaba encerrada. Tenía que escapar y comunicar a sus superiores lo que había descubierto antes de que fuera demasiado tarde.

Cerró los ojos y sus labios se contrajeron ante el dolor que volvió a aguijonear su cerebro. Respiró profundamente cuando se sintió aliviada. Se limpió la sudorosa y fría frente con la manga de la camisa. Los dolores aparecían intermitentemente desde que recobró el conocimiento. Su esperanza de recuperar sus poderes mentales antes de medianoche se vio pronto truncada. Sin embargo, intentaría abrir el cierre de la puerta.

Casi podía palpar el peligro que iba a correr. Un excesivo esfuerzo mental podía acarrearle un «shock» que la dejaría convertida en una idiota. Su estado precisaba un período de reposo, estar libre de preocupaciones. Rió quedamente ante estos pensamientos. ¡ Cuán lejos estaba el tan deseado y necesario descanso! Con energía desechó los temores que a nada positivo la conducirían y acercó el oído a la hoja de plástico. Nada escuchó. Ni el más leve ruido perturbaba la quietud reinante en la casa. Había llegado el momento de jugarse el todo por el todo.

Hacía dos horas que conocía, que había descubierto, las

particularidades del mecanismo que regía la cerradura. Tenía que concentrarse para hacer girar un émbolo y echar hacia su derecha un segmento dentado, Iibrándolo de la trabilla. Esta maniobra se realizaba mediante el rayo de luz con una llave adecuada. La potencia lumínica estaba por debajo de su potencia mental. Pero eso era sencillo cuando su estado era perfecto, libre de cualquier perturbación.

Se dedicó al émbolo, rodeándolo con sus escasas energías. El primer intento fue un fracaso. Apenas lo movió un cuarto de vuelta. En el segundo estuvo más afortunada: el giro quedó completo, quedando libre el segmento, que fue deslizándose hacia la derecha con una lentitud exasperante, pareciéndole años los segundos que transcurrían. Pero la fatalidad se cernía sobre Arda. El dolor cerebral volvió. Está vez con más fuerza. Ahogó un grito. Casi estuvo a punto de llorar al oír el chasquido metálico producido por los engranajes de la cerradura al regresar a sus lugares primitivos.

Tenía que volver a empezar y ya no confiaba en el éxito. El desfallecimiento la dominaba cuando colocó la cerradura en la misma posición que tenía cuando le llegó el dolor. Apenas quedaba un centímetro para liberar el segmento de la traba; pero se resistía a seguir moviéndose. Hizo un nuevo intento y ... ¡La traba saltó de la minúscula pieza!

Se apoyó en la pared resbaló y resbaló hasta quedar sentada en el suelo, sofocada y con la cabeza zumbándole tremendamente. Cerró los ojos ante el mareo que experimentaba y que la hacía sentirse como subida en un veloz tobogán. Los abrió y se alegró de ver inmóviles los muebles que llenaban la habitación, sin que danzaran alrededor de ella.

Se incorporó y quedóse inmóvil ante el rectángulo de plástico.

Con mano trémula agarró el picaporte. Lo movió. La puerta se deslizó sobre sus bien engrasados rodillos y se enfrentó a un corto pasillo tlanqueado por puertas también de plástico cerradas. Una tenue luz roja lo alumbraba pobremente. Al franquear la puerta descubrió otro pasillo a su izquierda, iluminado con la misma tonalidad rojiza y débil que proporcionaba el piloto. Se decidió por este último al distinguir al fondo un pozo de bajada. Deseó ardientemente que la energía antigravitatoria no estuviese cortada.

Llegó al pozo y adelantó la pierna derecha. El leve cosquilleo en

el pie le indicó que podía utilizar aquel sistema de bajada silencioso y rápido. Una escalera siempre podía descubrirla si producía algún ruido al descender por ella. Con resolución, saltó al vacío. El colchón de aire fue cediendo lentamente, conduciendo su cuerpo al fondo con suavidad. Se fijó en el negro abismo que se abría debajo de ella. Ignoraba si debería detenerse en el rectángulo de luz mortecina que subía o sería más sensato dejarlo pasar sin entrar en él. Optó por inspeccionar aquel nivel. La misma luz tenue del piloto rojo alumbraba dos pasillos dispuestos en ángulo, idénticos a los de arriba. Con todo lujo de precauciones los anduvo, encontrándose en el extremo opuesto ante una solitaria escalinata de mármol artificial que conducía a una especie de salón. La salida de la casa tenía que estar en dicho salón.

Una gran alegría la embargó. En medio del absoluto silencio imperante casi llegaba a oír las violentas palpitaciones de su propio corazón. Bajaba los anchos escalones de puntillas, temerosa de que a cada instante podía producir algún ruido que pusiera a sus dormidos guardianes en estado de alerta.

La puerta estaba al fondo del salón. Avanzó hacia ella con decisión.

A punto estuvo de caer al suelo cuando tropezó con una mesita situada en el centro de la estancia. Era casi total la carencia de iluminación que allí existía. De la única luz que se podía valer era la que procedía de arriba, y ya de por sí ésta era pobre. Cuando estuvo cerca de la puerta se quedó inmóvil. Un delgado haz de luz blanca se dibujaba en el negro suelo procedente del exterior. La salida tenía una fuente lumínica propia, ésa era la razón. Pero, ¿resultaba lógico que la puerta principal de la casa estuviese entreabierta?

Pese a la total carencia de sus poderes habituales, unos rescoldos de sus cualidades mentales parecían advertirla de la presencia de «algo» indefinido. Aquella puerta que dejaba pasar al interior en sombras un rayo de luz, que contrastaba notablemente con la púrpura penumbra que se esparcía por el hueco de la escalera, la amedrentaba, le parecía un latente aviso de peligro.

Ya estaba dispuesta a terminar de abrir la puerta cuando se sintió violentamente agarrada por el cuello por un musculoso brazo. Forcejeó. Todo intento de librarse de aquella garra de acero resultaba inútil. Entonces recurrió a sus piernas para golpear las de

su enemigo. Una tanda de furiosas palabras resonó junto a su rostro, junto con una bocanada de fétido aliento. El desconocido, con violencia, la arrojó lejos de sí.

Arda fue a parar al suelo después de arrastrar consigo la mesita y un par de sillas, al pie de la escalera. Con el cuerpo dolorido y llena de desaliento al saberse descubierta y perdida la esperanza de escapar, trató de averiguar quien la había sorprendido.

Vio una alta y recia figura rodeada por una aureola escarlata que se acercaba hacia ella caminando con pasos lentos y precavidos. Una mano se movió para sacar algo del interior del pecho. Un ligero destello metálico brilló en el salón. Se trataba de una pistola de corto y ancho cañón.

La muchacha no se atrevió a moverse. Una gran cantidad de adrenalina fluía por su sangre, instándola a luchar por su vida, activando su sistema nervioso. Sentía cómo el extraño intentaba perforar su mente, pero sin lograrlo, a pesar de que ella apenas hacía el menor esfuerzo por defenderse. ¿Qué estaba ocurriendo? Creía que algo extraño había aparecido de pronto, una fuerza que no era enteramente hostil hacia ella.

El ser se había detenido a media docena de pasos. Levantó la negra boca del cañón y la dirigió contra ella, apuntando al pecho de Arda que se agitaba violentamente a causa de la falta de aire que sentía en sus pulmones.

Un estallido se produjo en el salón. Pero no fue ocasionado por la pistola al disparar, sino al encenderse todas luces de pronto, cegando a Arda, sus ojos ya habituados a la penumbra.

—¡Ranngall! —oyó gritar con voz estentórea.

Cuando abrió los ojos casi no pudo dar crédito a lo que veía. Dos fuertes cuerpos rodaban por el salón, astillando los muebles de plástico y chocando contra las paredes. Los luchadores se separaron, y pudo identificarlos. El istrien, de rostro macilento y duro, era uno de ellos; sus enormes ojos relucían de ira incontenible. Estudiaba malignamente a su contrincante, a HerIe TarIan, quien un poco encorvado aguardaba su ataque. El joven badonita parecía sereno y confiado de su fortaleza. La pistola no se veía por ninguna parte.

Echando espumarajos por la boca, el agresor de Arda se abalanzó sobre el badonita, el cual lo recibió asestándole un directo en el estómago, seguido de un brutal puñetazo en la cara. El istrien

se tambaleó, pero resistió con entereza el duro castigo. Atacó a su vez, y Herle fue entonces quien tuvo que replegarse a un rincón.

El ser de la Zona Neutral escudriñaba el suelo, intentando hallar su pistola perdida. Al no encontrarla, cogió una pata de la destrozada mesa y marchó al encuentro del otro luchador, que también se había armado con un trozo de afilado plástico. Herle recibió un golpe con la maza que esgrimía su contrincante, pero pudo hacer una finta con el plástico que esgrimía como puñal y herir al istrien con un corte que desgarró su carne. Una sangre espesa y rojo-negra le corrió por el brazo. Su visión pareció enfurecerlo más todavía. Arrojó la pata astillada contra el rostro del badonita, quien para eludirla se arrojó al suelo. Su precaria situación fue aprovechada por su enemigo para caer sobre él, intentando aplastarlo. Los dos hombres volvieron a rodar por el salón, recibiendo y dándose golpes.

Se pusieron en pie, sin separarse. El istrien parecía llevar las de perder. Herle le aventajaba en estatura y músculos. Pudo alejarle de él propinándole un fuerte puñetazo que lo dejó tumbado en el suelo. El joven respiró profundamente y esperó a que se incorporase.

El istrien daba muestras de estar fuera de combate, pero su rostro se iluminó triunfalmente al tocar sus dedos la pistola que había perdido momentos antes, al recibir el ataque de su aliado, que había saltado sobre él desde el primer piso a la vez que las luces se encendían y lo cegaban.

Escupiendo sangre por la boca, se levantó mientras su diestra amartillaba con fuerza el arma, sonriendo con rabia.

—Va a ser una muerte estúpida la tuya, Herle Tarlan —dijo roncamente.

Su brazo se fue extendiendo, acercando la pistola al rostro de Herle.

El badonita permanecía quieto, con los músculos en tensión, preparado para saltar a la más mínima distracción del istrien. Pero dudaba que éste se descuidase un solo segundo. Conocía poco aquella raza, pero lo suficiente para no menospreciarla.

—¡No cometas una tontería, Ranngall!— tronó una voz.

Todas las miradas se volvieron hacia la escalera. Era Drumma el que bajaba los escalones con lentitud, portando un pesado rifle.

—¿No os parece que estáis ofreciendo un lastimoso espectáculo? preguntó, bajando el último peldaño— iArroja esa pistola, Ranngall!

El vapuleado istrien obedeció a regañadientes la orden de su compañero. Herle se sintió aliviado. Confiaba más en la cordura de Drumma que en la del otro.

—He podido asistir a la lucha. No quise interrumpiros porque es lo menos que merecéis: unos buenos golpes cada uno para ver si dejáis de comportaros como estúpidos —respondió Drumma, riendo.

—j Vaya! ¿Y decidiste realizar tu teatral aparición en el preciso momento en que yo iba a convertir a ese perro en un montón de carbones? —rezongó Ranngall.

—¿No creéis que favorecemos a nuestros enemigos si nos matamos entre sí? —preguntó Drumma.

—No puedo permitir que maten a un ser humano —replicó Herle.

—Quería huir —protestó Ranngall—. Al intentarlo perdía todos los derechos que le otorgamos ante la insistencia de Herle de permitirle seguir con vida. Creo que los de tu especie sois muy complicados. Esa mujer es un enemigo común, y la única forma de librarse de los enemigos es matándolos.

—Esas ideas imperarán entre vosotros, pero nosotros tenemos otras leyes y normas.

—Debemos matarla. La nave nos espera en la órbita señalada, y el bote que vendrá a recogemos no es suficientemente grande para todos —intervino Ranngall. Restañándose la herida, agregó— Por suerte regresé en el momento justo para evitar la huida de la terrestre.

—Si le hacéis daño, no contaréis con mi apoyo ante el Consejo de los Venerables para que vuestra propuesta sea aceptada. Bien sabéis que si me opongo, todos los plantadores jóvenes se pondrán de mi parte.

Drumma no parecía escuchar las amenazas de Herle. Daba sensación de estar pensando profundamente. Se dirigió a su compañero de raza y le preguntó:

—¿Es esta noche cuando vendrán a buscamos?

—¡Eso es! Esta misma noche —le respondió de mala gana-o La recolección está finalizando y el tiempo apremia. Ya hemos perdido

bastantes días formalizando los preliminares del Acuerdo con Herle Tarlan. Nuestros superiores se han informado de que la Tierra va a pedir al Regidor de Badoom que se aceleren los trabajos. Temen que el talén...

Drumma silenció a Ranngall con un imperioso ademán.

—Es evidente que el Imperio se muestra receloso —dijo cautamente. Todo parece indicarlo. Es preciso libramos de esta muchacha. Ella es un peligro. ¿Insistes en conservarla viva, Herle?

—Desde luego —afirmó el plantador.

—Complicas demasiado las cosas, muchacho. ¿Oíste a Ranngall?

El bote no es lo bastante grande para todos. —Hagamos dos viajes.

—¡Significaría una pérdida de tiempo tan lamentable que nos expondríamos a ser descubiertos por los patrulleros imperiales! —estalló Ranngall. Se encaró con Herle y gritó— ¡Debes comprender lo importante que es para todos que lleguemos a Badoom sin ser descubiertos! Sería estúpido arriesgar nuestro trabajo por una miserable vida terrestre.

—Ranngall tiene razón —dijo Drumma—. Ella no vaciló en arriesgar tu vida en el Magnético para escapar de nosotros, cuando estuvimos a punto de destrozar su mente y convertirla en una idiota. Sus poderes son extraordinarios. Afortunadamente decidí inyectarle una droga para anularlos temporalmente. ¡Y pese a ello logró abrir la puerta!

El semblante de Herle se ensombreció. Reaccionó respondiendo vivamente:

—En las plantaciones estará segura. No nos causará la menor molestia en las propiedades de Catoe Wans, donde se reunirá el Consejo. Mi padre aprobará mi decisión, estoy seguro.

Arda permanecía en absoluto silencio, atenta a la agitada discusión en la que se estaba decidiendo su propia vida. Las simpatías que por su parte ya gozaba el badonita se transformaron en profunda admiración. Le atraía la personalidad de aquel muchacho apenas civilizado, que anteponía la vida de un semejante a la alianza de su pueblo con los poderosos istriens.

—Mi opinión es que debemos comunicar a nuestros superiores lo que sucede y pedir a los badonitas que envíen a otro delegado para concertar debidamente las condiciones de la alianza — comentó

Ranngall, caminando hacia una puerta lateral-o Éste está completamente loco.

Drumma negó con la cabeza.

—No hay tiempo para volver a empezar Tenemos que continuar adelante tal como estamos. Bien, Herle. Vas a salirte con la tuya. Respetaremos la vida de esa intrusa; pero pongo una condición. Es necesario que ella consienta ser inyectada periódicamente. En realidad es por su propia seguridad. No vacilaría en matarla si presintiese que su mente volviera a ser normal. ¿Qué respondes?

Arda ahogó una exclamación. Muchas dudas y temores, que hasta entonces la habían estado atormentando, quedaban ahora explicados. Los dolores de cabeza, la tardanza en volver a disponer de su mente en plenitud de facultades telepáticas, se debían a un suero administrado por Drumma mientras permaneció inconsciente. Buscó con la mirada la de Herle, leyendo en los ojos del badonita que no había otra alternativa. Pudo comprender que el joven consideraba las condiciones de Drumma como una medida de seguridad para todos, que debías aceptarlas.

—De acuerdo —asintió Herle—. Pero yo inspeccionaré la droga.

—Desde luego, Herle. Tu actitud corrobora la gran estima que siente tu raza por el sexo reproductor. Pero nunca llegué á suponer que alcanzase tal punto —rió Drumma.

CAPÍTULO V

LOS rostros estaban serios, algunos mostraban agresividad. Todos escudriñaban de diferentes formas al menudo hombre que estaba sentado frente a ellos, imperturbable a las miradas puestas en él. A su lado permanecía en pie un serio oficial imperial cuyo semblante rivalizaba en sequedad con los demás.

Una larga mesa de negrísima madera, presidida por una docena de ancianos y hombres maduros, se alzaba del suelo de grandes piedras grises. Las paredes estaban revestidas con láminas de corteza de árboles. Las sillas eran espartanas, incómodas. Los más jóvenes permanecían en pie, puesto que todavía carecían del derecho a estar sentados durante una reunión de los Venerables.

La luz de la mañana entraba a raudales a través de los amplios ventanales defendidos por gruesos cristales, situados cerca del techo. La escena, en conjunto, parecía estar sacada de un film de aventuras de los que en gran número proyectaba el estéreo. Era semejante a una reunión de los héroes de una extraordinaria odisea que tanto entusiasmaba a la juventud. Pero aquí nada era artificial, ni se saboreaba el ambiente cargado de desconfianza que se podía encontrar en una trama rebuscada por los guionistas. Las armas que pendían de los cinturones eran auténticas, tan verdaderas como vacía estaba la funda del oficial imperial, que había sido despojado de la suya antes de entrar en el salón del Consejo de los Venerables.

Quien presidía el Consejo, Catoe Wans, era el más viejo de todos, de rostro largo y delgado, surcado por profundas arrugas. Su barba, de color ceniza, era rizada y espesa, llegándole hasta la cintura. A su izquierda se sentaba el obeso Masse, que aparentaba algunos años menos que sus compañeros debido al exceso de grasas que hacía menos visibles los signos de su vejez. Su cara sonrosada, con gruesos labios, estaba escrupulosamente afeitada. Era el único

de los Venerables que no era adicto a dejarse crecer la barba. Y quizá también era él, solitariamente, el único que aportaba una leve nota de humor en las deliberaciones. Por el contrario, el anciano que estaba a la diestra de Catoe, de nombre Dlobe, era la más pura imagen de la austeridad, casi un asceta. Su delgadez era casi increíble. De ojos ágiles aún, en marcados por profundas bolsas de arrugado pellejo, era la desconfianza transformada en ser humano. Sus dedos se movían nerviosamente con impaciencia. A su lado permanecía, en absoluta quietud, un hombre de unos cincuenta años, de impresionable corpulencia: Ondae Tarlan. Él era el que menos años contaba entre los Venerables. Su puesto lo había logrado gracias a su inteligencia y constancia. Un raro precedente en el pueblo badonita.

El Visitador adivinó en Ondae Tarlan a su más peligroso contrincante. Recelaba de sus ademanes decididos, casi imperiosos. Si los badonitas hubiesen podido crear un verdadero ejército, él hubiera sido su caudillo.

Los demás miembros del Consejo componían una variedad de tipos que poco atraían su atención. Pero a ninguno de ellos podía criticársele una falsa petulancia y orgullo mal adaptado. Eran personas conscientes del papel que representaban en su particular civilización. Se sentían responsables de los miles de familias y clanes que en ellos confiaban.

Dal Dorgem se hallaba en el deseado y temido momento. Su idea de entrevistarse con las altas personalidades badonitas antes de pasar a la violencia no fue bien acogida por sus colegas del Gran Mando. Tuvo que ser el mismo Emperador quien los convenciese para que accedieran a sus proyectos. Le tildaron de optimista, de desconocedor de la rara personalidad de los plantadores, y le aseguraron que no le oirían y le expulsarían de malas maneras.

La llegada del Visitador a las selváticas regiones de Badoom, donde los plantadores poseían las grandes extensiones de tierra cultivada de talén, había sorprendido hasta al más humilde badonita. Primeramente ordenó al pilotó que aterrizara en una aldea limítrofe a las concentraciones de súbditos imperiales. Allí apenas pudo sacar provecho alguno. Los plantadores no tenían ningún jefe único. Se limitaban a elegir a los nuevos miembros para el Consejo de los Venerables a medida que éstos iban falleciendo.

No tenían hecho con ellos juramento alguno de fidelidad u obediencia, pero nunca en la historia se había dado un caso de desacato a los dictámenes del Consejo, a pesar de que éste siempre pedía opinión a los cabezas de familia, los cuales nunca se mostraban disconformes con lo acordado.

El sistema de gobernarse y administrarse los badonitas era digno de admiración. Jamás se escuchó que una familia o clan mantuviera malas relaciones con otras. La más absoluta armonía reinaba entre ellas.

Badoom no contaba ni con la más insignificante planta textil. ¿Una consecuencia del afán campesino de sus pobladores? Los motivos eran muy diferentes. El imperio no permitía ninguna manifestación de ambiciones industriales. No quería que la producción de talén menguase si los badonitas se ocupaban de la manufactura y descuidaban las plantaciones. Era, en resumidas cuentas, una hábil maniobra política la que hacía totalmente inevitable la evolución de la agricultura a la industrialización. El ciclo de las civilizaciones no se producía en Badoom como en otros mundos. Además, los badonitas no eran partidarios de introducirse de súbito en tareas completamente desconocidas para ellos. No sabían hacer otra cosa que luchar contra las alimañas y plantar y recolectar talén. La ambición que la Tierra mostraba por acaparar ese fruto les hacía concebir esperanzas, sólidamente fundadas, de que con él, mediante un comercio libre con todo el Universo, los beneficios que podrían obtener serían mayores que los que conseguían a costa de la forzada actitud monopolizadora del Imperio.

También confiaban en lograr algo más noble que las ganancias materiales: libertad, sacudirse de la intervención de los representantes del imperio, de la guarnición, de los requisadores. Querían vender el talén a quienes mejor se lo pagasen. Y, sobre todo, querían ser libres.

Dal Dorgem sabía que los deseos de aquellos hombres no podía concederlos el Imperio. Por lo menos, en la actualidad.

Volvió a recordar su llegada a la región donde los badonitas vivían en gran número, en su mayor concentración. El aparato se posó cerca de una agrupación de edificaciones de madera con techos de pizarra, viviendas rudimentarias pero acogedoras, a pesar

de su carencia total de adornos. Apenas los tubos de escape hubieron dejado de arrojar las últimas partículas de energía, se vieron rodeados de hombres que no parecían muy satisfechos ante la inesperada visita. Muchos estaban armados con pistolas de largo cañón, y otros portaban ligeros rifles.

Fue un hombre de apenas treinta años quien se dirigió a él para preguntarle qué quería. Sus palabras no eran agresivas, pero tampoco contenían la más mínima amabilidad o cortesía.

—Me llamo Dal Dorgem y soy Visitador Imperial —respondió a su pregunta—. Deseo entrevistarme con sus jefes.

Los rostros curiosos abandonaron aquella actitud de sorpresa para tornarse profundamente enfurecidos. Se escucharon algunos murmullos que fueron silenciados por el que parecía tener cierta autoridad.

—Los badonitas no tenemos amos —replicó secamente.

—He querido decir que necesito ser recibido por el Consejo de los Venerables —rectificó Dal Dorgem.

—Eso no es posible. No pueden molestarlos.

El Visitador tuvo que contener al oficial Dalmoe, que estuvo a punto de replicar airadamente a quien, según él, insultaba a su importante protegido.

—Vengo en nombre del Imperio Galáctico para hablar con ellos. He realizado un largo viaje desde la Tierra —explicó pacientemente.

La llegada de un grupo de jinetes en briosos caballos, cuyas características comparó Dal Dorgem con los mismos que existían en la Tierra, no pudiendo encontrar entre ambos la más mínima diferencia que le hiciese dudar que pertenecieran a la misma familia, alivió la situación.

Todos se apartaron para dejar paso a los recién llegados. Un jinete, que vestía reluciente ropa verde y llevaba el pecho cruzado por un par de correas de las que pendían dos pistolas enfundadas, interrogó al badonita que había hablado con Dal Dorgem. Cuando fue informado por éste de la identidad e intenciones del visitante, ordenó que los recién llegados fuesen conducidos a la Casa Grande.

La Casa Grande era un amplio edificio de dos plantas rodeado por una galería de columnas de hierro y techumbre de pizarra. Las paredes eran de madera forrada con corteza de atrayentes colores.

Fueron instalados, excepto el piloto, en una habitación que contaba con una mesa, cuatro sillas y dos camas fabricadas en cualquier planeta del Imperio. Más tarde les llevaron comida y vino en abundancia. El jinete de vestiduras verdes entró y les dijo que podían salir a pasear por los alrededores cuando les apeteciera. Preguntóle Dal Dorgem cuándo vería a los Venerables. El jinete le respondió que el Consejo había accedido a otorgarle una entrevista para el día siguiente, puesto que todavía faltaban algunos ancianos por llegar.

—Eso ocurrió ayer —dijo Dal Dorgem para sí-o Ahora estoy delante del Consejo y parece que ellos son mis jueces y yo el reo. Pero se le antojaba, a pesar de todo, bastante divertida la situación.

Catoe Wans carraspeó y empezó a hablar. Todos guardaron silencio.

—El Consejo de los Venerables del Pueblo Originario de Badoom se encuentra reunido en sesión extraordinaria a petición del enviado del Imperio Galáctico. ¿Alguien del Consejo se opone a esta celebración?

Todos los hombres que estaban sentados tras la larga mesa movieron negativamente la cabeza.

—Cualquier persona ajena a este Consejo deberá guardar respetuoso silencio mientras no sea invitado a hablar. Tan sólo el Visitador Dal Dorgem podrá dirigirse a este Consejo, puesto que es él quien solicitó la entrevista.

El rollizo Masse añadió

—El soldado del Imperio, acompañante del Visitador, deberá serenar sus nervios si en cualquier momento escucha o ve algo molesto o extraño para sus particulares costumbres y creencias. Estamos en una región libre de la autoridad extranjera, y los visitantes deberán atenerse a nuestras costumbres.

Dalmoe apretó los labios, rememorando la violenta escena que tuvo con un par de badonitas cuando quiso entrar armado en el salón y le pidieron que les entregase su pistola. Él se negó, y la discusión hubiera degenerado en algo lamentable de no haber sido por la firme orden del Visitador, que tuvo que recordarle la autoridad qué sobre él le había sido otorgada.

—Resulta obvio recordar a nuestros visitantes que no han sido invitados por este Consejo, sino que han sido ellos los que han

acudido a nosotros.

Dal Dorgem asintió y respondió tranquilamente:

—Estoy de acuerdo con las recomendaciones expuestas. Reconozco que mi llegada a sus propiedades ha resultado inesperada. Deseo que mi presencia no cause molestias y que juzguen con equidad los motivos que me han impulsado a pedir esta entrevista como no carentes de interés para ambas partes.

—No podemos adivinar los motivos que alude el enviado Imperial

—dijo Catoe Wans—. Pido a éste que nos lo aclare de una vez. Será una

buena forma de iniciar la entrevista.

Dal Dorgem entornó los párpados. Había llegado el momento crucia!. Sentado, con los dedos entrelazados sobre su pecho, sumido en un turbulento mar de profundos pensamientos, inició su exposición:

—Estimo pertinente aclarar ciertos puntos que allanarán la cuestión para más tarde. El apetito que el Imperio tiene del talén es tan bien conocido por todos ustedes que considero fuera de lugar referirme a ello. Procuraré ser breve, Venerables...

»Ustedes, el pueblo de Badoom, han estado cultivando y vendiendo talen al Imperio durante cerca de dos siglos. Los pedidos han ido aumentando en cantidad cada año, a la vez que hemos intentado por todos los medios evitar las apetencias de extraños para su consumo. Nos han tachado de tiranos, expoliadores y monopolizadores, siempre mediante la fuerza de nuestros ejércitos, de apropiamos de algo que solamente ustedes pueden producir gracias a las singulares características de este planeta y de sus conocimientos como cultivadores. El talén no crece en ningún otro lugar del Universo. La continua y creciente renovación de nuestras reservas de talén es imprescindible.

Calló durante unos segundos para recordarse que debía tener cuidado con las palabras que eligiera. Tenía que evitar dar una sensación de debilidad, pero también tenía que ganarse la confianza de aquellos hombres, a los que no les podía explicar muchas cosas. Difícil era su tarea. De vez en cuando miraba a hurtadillas a Ondae Tarlan, el jefe de la familia que llevaba su nombre. ¿Acaso era el padre de Herle Tarlan, tras el cual había dejado a Arda para

seguirle y averiguar los motivos que lo retenían en Casstill?

El inquietante silencio de Arda era una contrariedad para sus planes. Ella era una eficaz colaboradora. Lamentaba de veras no tenerla a su lado en aquel instante. Le hubiera servido de mucho para conocer los pensamientos de los Venerables. ¡ Maldita debilidad la suya al consentir que se quedase en el planeta minero! Lo hizo confiando en que regresaría a tiempo para acompañarle en su viaje a las plantaciones. Pero la había esperado demasiado tiempo y no tuvo otra alternativa que seguir adelante él solo. Se sentía como un tuerto o un cojo. Estaba tan acostumbrado a la colaboración de la muchacha que le parecía estar incompleto sin ella.

—¿Acaso el Imperio piensa concedemos las prerrogativas siempre solicitadas por nosotros y continuamente negadas? —dijo Masse, con una sonrisa burlona, animado por el silencio del Visitador.

—Continuaré —dijo Dal Dorgem, eludiendo la pregunta del obeso Venerable—. En la Tierra se han recibido informes acerca de las intromisiones allende las fronteras Imperiales, que agitan a los badonitas, incitándoles a oponerse a las peticiones del Emperador.

La sala del Consejo se pobló de violentos murmullos que duraron hasta que Catoe Wans los hizo acallar alzando su brazo. Entonces preguntó a Dorgem:

—¿No cree el enviado que se excede en sus palabras y no elige las adecuadas? El Imperio no solicita, sino que nos ordena empleando la fuerza.

Todos aprobaron las palabras del anciano.

—Tengo poderes para duplicar el precio del talén. ¿Es eso lo que ambicionan? —Dal Dorgem sonrió levemente.

Dlobe se incorporó, con ofendido gesto, de su asiento.

—No permito que el enviado nos insulte de esa manera —dijo-o Se le recordó que nadie lo había llamado a este lugar. Esto no es un interrogatorio. Nada tenemos que contestar a insolentes preguntas.

—Ignoramos aún las verdaderas intenciones que hasta este Consejo han traído al Visitador —intervino Ondae—. Aún no las hemos oído. Pregunto: ¿Qué relación hay con el talén y las intromisiones allende las fronteras? ¿Puede contestamos?

—Lo haré a su debido tiempo. Primero deseo insistir en aclarar

que se me han conferido atribuciones para subir el precio del talén, si es esto lo que mueve a los badonitas a relacionarse con potencias que no mantienen relaciones amistosas con el Imperio. Me alegraría mucho solucionar el descontento de una manera fácil.

»Mi actitud anterior les habrá parecido poco arrogante, poco adecuada para una personalidad como la mía. Es deseo del Imperio no llegar a la violencia sin antes haber intentado arreglar las discordias pacíficamente. Sin embargo, debo hacerles una advertencia, un ultimátum si quieren considerarlo así. Si se oponen a los dictámenes del Imperio, si el talén deja de llegar al Sistema Sol, conocerán la ira de la Tierra y sus hermanos imperiales. Entonces lamentarán la hora en que no me hicieran caso.

Catoe Wans tuvo dificultades para acallar las violentas réplicas de sus compañeros. Todos gesticulaban y gritaban con ásperas voces, pidiendo los jóvenes que se suspendiese el Consejo y que no se prestara más atención al enviado del Imperio. Ondae Tarlan gritó lo suficientemente alto para hacerse oír en medio de aquel tumulto:

—¡Ésta es la verdadera actitud de nuestro visitante! ¡Es la fraseología predilecta de los extranjeros, plagada de amenazas!

—Existe algo más que la cuestión monetaria, Visitador —dijo el presidente del Consejo cuando las voces callaron—. Siempre se nos ha tratado como a un pueblo enemigo y conquistado. El Imperio nos ha humillado sin cesar con su petulancia y fuerza bélica. Otros planetas han alcanzado en la Galaxia privilegios y están considerados actualmente como miembros fundamentales de ella, libres. ¿Por qué con nosotros no se ha llevado la misma política?

—Cada cosa debe hacerse a su tiempo —contestó Dal Dorgem pausadamente—. Los apresuramientos no conducen a nada bueno. Tengan paciencia. Yo les aseguro que el Emperador solamente está esperando una demostración de fidelidad por parte de ustedes para apoyar su petición de ingreso en la Gran Asamblea.

Ondae se levantó de su sillón y se acercó hasta Catoe Wans, manteniendo ambos un breve diálogo en voz baja. El presidente de los Venerables acabó asintiendo y Ondae permaneció a su lado, con semblante risueño y astuto. Catoe dijo:

—El Consejo de los Venerables ha decidido discutir privadamente lo dicho por el enviado Imperial. Pido a éste que abandone el salón y aguarde en la habitación asignada para él y su

acompañante a que sea de nuevo requerido ante nuestra presencia.

Los jóvenes plantadores no se mostraron muy satisfechos ante la idea de no estar presentes en las deliberaciones. Pero era la costumbre. No se enterarían de las determinaciones tomadas hasta que un delegado del Consejo los pusiera al corriente de éstas y, simbólicamente, les preguntase si estaban conformes.

Dal Dorgem se levantó y saludó con una leve inclinación de cabeza antes de salir del salón seguido por Dalmoe. Dos fornidos badonitas los acompañaron hasta la habitación que les habían dado a la llegada.

Cuando quedaron solos, el Visitador soltó una retahíla de maldiciones. Dio unas largas zancadas y se asomó a la ventana. Luego fue hasta la puerta y comprobó que estaba cerrada. A Dalmoe, cuyo rostro estaba descompuesto por la ira, no le habían devuelto su pistola. Dorgen pensó que su misión acerca de los plantadores no marchaba como había esperado.

CAPÍTULO VI

ANOCHECÍA. El ruido producido por la puerta al abrirse arrancó a Dal Dorgem de sus divagaciones. Dalmoe había estado toda la tarde paseando de arriba abajo y ahora yacía en un rincón, con gesto adusto.

Cuando Catoe Wans franqueó el umbral, la puerta volvió a cerrarse.

Quien presidía el Consejo de los Venerables quedóse mirando a los prisioneros. Dal se levantó y fue hasta él. El oficial también se había incorporado y, por sus reacciones nerviosas, era fácil comprenderse que estaba haciendo grandes esfuerzos para no arremeter contra el anciano, quien era observado con desconfianza por el Visitador.

—¿Cuál es la buena nueva que le trae? Pudo llamarme a su presencia.

—Me agrada su manera de aceptar las circunstancias, Visitador susurró Catoe Wans—. Créame si le digo que soy el primero en lamentar esta desagradable situación.

—¿De veras? Supuse que se divertía jugando a conspirador.

—Habría sido mejor para todos que no hubiese venido.

—Me temo que las ventajas, entonces, hubiesen sido exclusivamente para ustedes. No sé qué ventaja habría obtenido quedándome en la capital.

El Venerable tomó asiento y pidió con un ademán a su interlocutor que lo imitase. Dal Dorgem obedeció pensando que la entrevista iba a durar más de lo que había pensado.

—¿Ha venido a comunicarme la decisión del Consejo?

El badonita se humedeció los resecos labios con la punta de la lengua.

—Todavía no hemos decidido nada en concreto —respondió-o

Mi visita no tiene otro objeto que charlar un rato con usted.

—¿Extraoficialmente?

—Deseo que así sea. Soy viejo. Los años me han traído la prudencia. Y la prudencia es algo muy parecido a la desconfianza.

Dal Dorgem asintió.

—Me parece que empiezo a entenderle. Siga.

—Los azares de la vida me hacen ver el mal por todas partes y juzgar con severidad a las personas, no despreciando nunca las torpezas que quieren hacer ostentosas con el fin de ocultar sus intenciones. El hecho de que estén encerrados ha sido idea de Ondae Tarlan, que yo he considerado conveniente. Usted ha venido con ideas fijas, conociendo nuestros planes y nuestras relaciones secretas con la Zona Neutral. Me temo que sería peligroso que regresara a Badoburg por ahora.

—¿Han pensado en matamos?

—No es suficiente sentirse y ser civilizado; hay que demostrarlo.

Regresarán con los suyos después de cierto tiempo. Defendemos ideales nobles, y el crimen es incompatible con nuestras creencias. Lo que no he logrado comprender es lo que le ha impulsado a venir hasta nosotros sin escolta, demostrando que está enterado de muchas cosas y que solamente necesita confirmarlas. ¿No pensó que le retendríamos? ¿Acaso vino tan indefenso con el propósito de ganarse nuestra confianza?

—Algo parecido. Compruebo que mis sospechas no eran infundadas —suspiró con fingido gesto de abatimiento-o Lo siento. Confieso que tenía un as escondido en la manga, para sacarlo en el momento oportuno, pero lo he debido perder durante el camino.

—No me inspira confianza, Visitador. Algo se trae entre manos. No encaja en su personalidad un comportamiento tan torpe por su parte. —Me está halagando y sobreestimando, Venerable. Le repito que he actuado con tosquedad, como un principiante en estas lides. Será consecuencia de que me estoy haciendo demasiado viejo para este empleo. —Insisto en no creer en su negligencia.

Dal Dorgem dibujó una amplia sonrisa.

—Sus intentos de sonsacarme son loables, pero lamentables al mismo tiempo. No logrará nada de mí, Catoe Wans.

—¿Admite, pues, que mis sospechas son fundadas?

—Me interesa dejarle con la duda. Quizá sea lo único que pueda

hacer en favor de mi misión.

El Venerable movió con pesimismo la cabeza.

—Quisiera tener fe en usted y en sus promesas. Siempre es mejor tratar con humanos que con una raza camaleónica. Me irritan los seres que pueden adoptar la apariencia que les convenga.

—No son de su agrado los istriens, ¿verdad?

—Sinceramente, no. Pero nos ofrecen la libertad.

—¿A cambio de qué? Nadie da nada por nada.

—Aguardamos a una delegación de ellos para formalizar las condiciones.

Dal Dorgem pensó que Catoe Wans estaba hablando más de la cuenta. Aquello, en lugar de alegrarle, le preocupaba. Cuando el astuto viejo lo hacía era porque estaba muy seguro de que sus prisioneros no podrían huir.

—Pedirían algo a cambio —comentó.

—Las entrevistas preliminares fueron excelentes. Siempre temimos que se mostrarían más reacios en ofrecemos su ayuda a cambio de la nuestra.

—¿No han pensado que existen cientos de planetas en el Imperio que poseen una poderosa fuerza armada y que representarían para los istriens una ayuda más eficaz que la de ustedes?

—Nuestra posición en la galaxia es ideal para sus planes.

—¿Están planeando un levantamiento en la galaxia contra el Imperio?

—Algo hay de eso.

—Corren el riesgo de que sus aliados sean vencidos y el Imperio tome represalias contra ustedes. El planeta entero puede ser destruido ¿Han pensado en esa posibilidad?

Catoe Wans se irguió en su asiento.

—Naturalmente. Los pros y los contras han sido calculados. Estamos seguros de que el Imperio nunca destruiría Badoom. El talén les interesa demasiado a ustedes, así como la mano de obra barata. Podrán ajusticiar a los cabecillas, a nosotros, y reducir a la esclavitud al resto, y esto lo sabemos. Pero algo hay que arriesgar, y por la libertad merece la pena hacerla.

Dalmoe se asomó a la ventana al oír un lejano ruido. Hizo una señal al Visitador para que se acercara. Catoe Wans no se movió de su silla. Cuando Dorgem se acercó, el oficial le dijo en voz queda: —

Puedo reducir al viejo y, con él de rehén, conminar a nuestros carceleros para que nos dejen marchar.

Por la amplia explanada que rodeaba la casa, bajo la iluminación artificial, rodaban pesadamente grandes camiones de tracción atómica, de casi cuarenta toneladas de carga, con cajas enormes y cabinas esféricas. Iban en apretada columna y se perdían de vista en la negrura de la espesura. Muchos hombres, mujeres y niños habían salido de la Casa Grande y de otras que la circundaban para contemplar el paso del convoy.

—Talén —musitó el anciano terrestre.

—Señor —insistió Dalmoe, exasperado por la poca atención prestada

a sus palabras—. ¿Qué le parece mi proyecto?

Dal Dorgem se volvió para mirarle.

—Descabellado —replicó sin apenas mover los labios—. No llegaríamos vivos hasta nuestro aparato, que estará bien vigilado.

—Pero... ¡Aquí estamos indefensos! Debemos regresar a Badoburg y pedir ayuda militar a Casstill, para dar a estos traidores su merecido. —Nuestro piloto es el único capaz de manejar el aparato, y lo tienen en algún sitio que ignoramos.

Dalmoe masculló una maldición.

—Déjeme entonces que intente la huida, solo. Puedo abrirme paso a través de la selva y llegar a un puesto del Imperio. Creo que a menos de doscientos kilómetros al Norte hay uno.

—Se perdería o tardaría un mes en llegar a un lugar civilizado, contando, con que las fieras no se lo merienden.

Le volvió la espalda y regresó junto a Catoe Wans, que no parecía haberse enterado de la conversación sostenida en voz baja junto a la ventana.

—Se dirigen a los depósitos de los Montes Amarillos —explicó el badonita—. Allí se almacena el talén procedente de todas las plantaciones. Llevan los camiones muchos días de marcha a través de la selva. La recolección está finalizando.

—¿Cree que nos dará tiempo de enviarla a Tierra?

—Lo dudo.

—Entonces, ¿para qué ese trabajo?

—Es una forma de evitar que las sospechas se confirmen. También puede ocurrir que esas toneladas de talén no salgan de

Badoom con destino a Tierra, sino a cualquier otro planeta que hasta hoy carece de él.

Los ojillos de Dal Dorgem danzaron alocadamente y sus dedos se agitaron como tentáculos.

—¿Qué les hace creer que otros planetas van a comprarles el talén?

—La respuesta la da el mismo Imperio. Si ustedes tanto lo ansían, igual debe suceder en los demás mundos. Siempre me ha intrigado el destino que en la Tierra se le da al talén. A nosotros no nos sirve ni para dar de comer a los cerdos. Sin embargo, me parece recordar que nuestros antepasados lo utilizaban para combatir cierta enfermedad.

—¿Qué enfermedad? —preguntó Dal Dorgem con interés.

—No recuerdo cual. Ha tenido que desaparecer cuando la fórmula para combatirla la desconocemos. No se preocuparon nuestros antepasados de transmitírnosla.

—«No saben nada —pensó el Visitador-o Actúan como títeres. ¿Cómo reaccionarían estos hombres, a primera vista llenos de buenas intenciones, si les dijese la verdad? ¿Repudiarían la alianza con la Zona Neutral? ¿Les avivaría acaso su deseo de emancipación al saberse poseedores de algo que puede condenar a la Tierra y al Sistema Sol entero al total exterminio? Podría ocurrir que empeorase la situación. Es lo más seguro.»

—Los istriens van a llevar al pueblo de Badoom a la perdición. Aún están a tiempo para rectificar —dijo.

Catoe Wans se incorporó y arreglóse los pliegues de la túnica. Se dirigió hacia la salida.

—Ya es tarde para volverse atrás —replicó.

—Todavía no. Tenga siempre presente lo que aquí hemos hablado

El presidente del Consejo saludó con una suave inclinación de cabeza y golpeó con los nudillos la puerta. Un hombre armado con un rifle de energía le franqueó el paso, cerrando enseguida. Se oyó el ruido del cerrojo.

—Un sistema de seguridad para los prisioneros un poco tosco, peró eficaz —comentó Dorgem con su enigmática sonrisa.

Dalmoe se acercó. Parecía turbado, indeciso. El Visitador le animó con la mirada a que le hablase.

—Verá... Es una idea que tengo metida en la cabeza. He pensado que usted habrá tenido la precaución de dejar instrucciones al Regidor para que actúe si no volvemos a la capital.

Ante el asombro del atribulado oficial, y después de pensarlo un poco, el Visitador respondió:

—Pues lamento tener que decirle que he sido un imprudente. No dejé instrucciones a Ol Owar. Así, pues, no confío en que nos busque. Incluso le pedí que se abstuviera de molestar a los nativos.

Dalmoe tragó saliva, carraspeó y dijo:

—Soy un simple oficial, desconozco los detalles de todo este endiablado asunto; pero algo he oído y visto. Me pregunto: ¿Tanto temor por una simple revuelta? ¿Por qué trata el Imperio con mano suave a estos rebeldes?

—Porque el Imperio sabe que el enemigo puede arrastrarlo a él en la caída.

La respuesta del Visitador fue rápida, cortante.

Pasaban los últimos camiones con sus grandes cajas bien cerradas, conducidos por expertos conductores badonitas. En la entrada de la Casa Grande se hallaban la mayoría de los consejeros y otros importantes plantadores, junto con sus hijos mayores. Miraban con orgullo el destile. Aquella caravana llevaba una pequeña parte del talén recién recolectado en los campos situados detrás de la región de los ríos, a más de quinientas millas de allí.

—Antes de tres días estará en los depósitos hasta el último gramo de talén —auguró Masse.

Ondae Tarlan bajó los escalones hasta situarse a la altura del grueso Venerable.

—Pero este año no irá a manos Imperiales, compañero —aseguró, escupiendo las palabras.

No muy convencido, Dlobe comentó:

—Ignoramos si los extranjeros tendrán ocasión de llevarse la cosecha. Todavía no tenemos noticias de los istriens.

Ondae agitó su velluda mano como si espantase los temores de Dlobe.

—¡Bah! Estoy completamente seguro de que antes que el último camión entre en las cavernas de los Amarillos, estarán aquí con' mi hijo.

—Herle tiene un sentido muy particular de ver las cosas. Espero

que no haya cometido ninguna torpeza con nuestros futuros aliados y los haya ofendido —dijo un plantador que, antes de la partida de Herle a Casstill, había propuesto a su propio hijo para la misión.

Tarlan le miró despectivo.

—No conoces a mi hijo, viejo envidioso. Él es mayorcito y sabe lo que hace.

Catoe Wans se acercó renqueando hasta el grupo y dijo:

—Mi conversación con el Visitador no ha sido fructífera. Me ha resultado imposible averiguar si detrás de él vendrá la flota sideral de Casstill. Ni remotamente lo insinuó.

—Nos informaron que la flota imperial, con base en Casstill, había salido de ese planeta para realizar unas maniobras que durarían tres meses en los límites de nuestro sistema planetario —dijo un Venerable.

—Exacto. Mis temores se fundan en que esa flota, o parte de ella, se encuentre cerca de Badoom, preparada para entrar en acción con rapidez —comentó Catoe Wans—. Me resisto a creer que la llegada del Visitador se haya hecho de manera tan torpe, sin estar respaldado por las tropas.

—Sea lo que sea, no podemos hacer nada, Sólo esperar.

—¿Esperar a que empiecen a lanzamos proyectiles y descargas atómicas? Tenemos que confiar que las garantías que nos ofrezcan los delegados de la Zona Neutral sean eficaces. De otro modo...

Ondae Tarlan miró airado al que había hablado.

—¿Está pensando el Venerable Panna en rescindir nuestros compromisos por unos simples temores?

El llamado Panna se sonrojó hasta la raíz de los cabellos, Se apresuró a responder:

—¡No, no! No he pensado tal cosa. Me he limitado a expresar un temor.

—No es el momento para arrepentirse. ¿Qué medidas tomamos contra el Visitador, Venerables?

—Una temporadita sin moverse de su habitación le sentará bien.

Así aprenderá a ser más precavido... si no es que lo ha sido y nos prepara alguna sorpresa... —rió Masse.

CAPÍTULO VII

DRUMMA terminó de cerrarse hasta el cuello el traje de una sola pieza y echó el seguro del aro metálico que le rodeaba el cuello y sobre el cual tenía que ajustar la escafandra esférica. Miró a los otros que estaban en la antesala de la cabina de presión. Sus compañeros Ussex y Ranngall habían acabado ya de ponerse el equipo. La muchacha terrícola ayudaba a Herle a colocarse su traje espacial.

El istrien arrugó el ceño cuando el joven sonrió a Arda para darle las gracias en silencio. Apenas conocía las reacciones emocionales entre los seres humanos de diferente sexo, pero se dijo que aquello no era de su agrado.

—¿Están todos preparados? —preguntó impaciente—. Vamos a salir.

Atención.

La nave estaba describiendo una órbita a cuatro mil kilómetros de Badoom. Cuando se alejasen los dos botes de desembarco, se colocaría en otra situada a cuarenta mil. Utilizar dos botes en lugar de uno era una idea de Herle Tarlan; quería llevar a Arda a sus propiedades. El badonita no hizo caso a las opiniones de Ranngall, que le pedía que la dejase en la nave y más tarde decidieran su suerte a la vista de los acontecimientos. Drumma, cansado de tantas discusiones, accedió a que se utilizaran dos botes. En uno iría él con Ussex, que regresaría a la nave, y en el otro viajarían los humanos con Ranngall como piloto.

Drumma tiró de una palanca junto a la compuerta y entró en una estancia cilíndrica, con una esclusa en el suelo. Un navegante cerró la compuerta desde la antesala cuando el istrien hizo una señal. Los cinco guardaron el más absoluto silencio. Se produjo un agudo silbido al tiempo que se encendía una luz encarnada en el

techo.

—Pónganse las escafandras —advirtió Drumma.

En menos de cinco segundos todos tenían la cabeza cubierta por el casco de acero y plástico. Cuando el aire terminó de ser aspirado de la cabina, Ranngall procedió a levantar la portilla del suelo y se introdujo en ella. Entraron en una estancia de techo bajo. Cinco botes salvavidas o de desembarco estaban amarrados al suelo. Una abertura de diez metros de largo y tres de altura se veía al fondo, en marcando el negro vacío sideral, plagado de relucientes estrellas.

Drumma fue señalando a los pasajeros sus respectivos botes. Arda, Herle y Ranngall abordaron el suyo, sentándose el istrien ante el pequeño salpicadero. El bote contenía apuradamente a los tres. La cabina era ovalada, disponiendo el piloto de un estrecho asiento. Tras él había uno más ancho, para dos personas. No se quitaron la escafandra. Tenían que hacer el corto viaje hasta la superficie de Badoom con ellas puestas, ya que la reducida cúpula de plástico no daba muchas seguridades. Los botes estaban diseñados para hacer recorridos no mayores de cinco mil kilómetros, lo que suponía una hora y varios minutos de vuelo. Aprovechar espacio para el combustible obligaba a prescindir del depósito de aire.

El bote de Drumma, tripulado por Ussex como piloto, fue el primero que salió disparado del hangar, alejándose de la nave. Inmediatamente partió el de Ranngall.

Ambos aparatos, viajando a la misma altura, en fijaron sus agudas proas hacia la atmósfera badonita. Herle se volvió para mirar la nave istriense y apenas pudo distinguirla. Segundos después, ningún rastro de ella era visible. Creyó ver unos destellos de fuego, como si sus toberas estuviesen funcionando a toda potencia.

Arda, que había estado inspeccionando con expertos ojos la técnica empleada en la construcción del bote, dijo en tono despectivo:

—Es tosco este aparato —se dirigió a Herle, agregando— Todavía no comprendo cómo podéis desear una alianza con una raza que fabrica unas navecillas de desembarco tan rudimentarias.

El badonita se encogió de hombros. Sus conocimientos de astronáutica eran nulos. Pero Ranngall gruñó y se removió molesto en su sillón ante las palabras de la chica. Estaba demasiado ocupado

aminorando la velocidad de la navecilla, puesto que el aire empezaba a hacerse más denso y a calentarse el fuselaje. La cabina parecía un horno. Apenas podían contrarrestar el terrible calor con la refrigeración de los trajes. A través de su radio, Arda comentó mordaz:

—Me gustaría ver el verdadero aspecto de tu amigo el istrien. Dudo que pertenezca a la rama de los camaleones; más bien parece de las salamandras cuando no defienden los botes contra el calor. Debe ser porque están acostumbrados a las altas temperaturas.

Después de largos minutos, durante los cuales parecía que el bote no iba a resistir la fricción con la atmósfera e iba a desmembrarse, todos callaron, incluso Arda. Al cabo de un rato penetraron en las capas más bajas, donde el aire era suficiente para sostener al aparato mediante sus alas. Ranngall soltó un gruñido de satisfacción. Localizó el bote de su compañero y voló a su altura sobre un encrespado océano.

Al 'Este se divisaba una franja oscura: el Gran Continente, hacia donde tenían que dirigirse para reunirse con los plantadores.

—Como ves, terrícola —dijo el istrien con una burlona sonrisa y volviéndose para mirar a los pasajeros después de fijar el rumbo—, estamos sanos y salvos. La técnica istriense no es tan deficiente como supones. Nos limitamos a prescindir de lo que consideramos innecesario. Confiamos en la pericia del piloto para que no se incendie la nave.

Arda hizo un mohín de desencanto y replicó:

—Pienso que es una manera estúpida de arriesgar la vida. Ranngall rió. Volvió su atención al salpicadero.

—Para casos de emergencia llevamos en los botes cinturones antigravedad. No somos tan estúpidos. Aunque confieso que un accidente no vendría mal. Casi lo estoy deseando.

Herle puso el gesto adusto al no saber interpretar debidamente lo que había dicho Ranngall. Desconfiaba de él porque siempre dirigía miradas torvas a la chica, a la que consideraba culpable de su pelea con el badonita, de la cual no salió bien librado.

El océano se perdió tras ellos. Volaban sobre una lujuriante selva, muy bajo, casi rozando las copas de los gigantescos árboles, para evitar ser vistos o detectados por las patrullas imperiales.

Ranngall estableció contacto con Drumma.

—Es conveniente que nos separemos más. Estando las naves más distantes será difícil que los detectores nos localicen —le dijo.

—De acuerdo —replicó Drumma por la radio-o Diré a Ussex que adelante nuestro bote. Tú mantendrás el tuyo a dos millas de nosotros.

—Bien —asintió Ranngall, cortando la comunicación. Tenían acordado mantener la menor conversación posible.

Vieron cómo el aparato de Drumma y Ussex aumentaba la velocidad a la vez que Ranngall disminuía la de su bote. Cuando alcanzaron la separación acordada, aceleró de nuevo.

HerIe miraba hacia abajo, reconociendo los lugares que le resultaban familiares. Sobre una ancha franja gris que parecía cortar el denso verdor de la selva, veía moverse un par de docenas de puntitos. Se trataba de una caravana de camiones que marchaba a los Montes Amarillos. Con toda seguridad, eran los últimos envíos de talén que se hacían desde las plantaciones.

De improviso, el ahogado y regular ruido que producían los tubos de combustión se escucharon alterados y roncos. También sintieron algunas sacudidas en la cabina.

—¿Qué sucede? —preguntó Herle, alarmado.

Ranngall masculló algunas palabras en su enrevesado idioma y señaló con el índice un punto que se movía en el cielo.

—Un patrullero imperial trata de interceptamos. Han empleado un rayo magnético para inutilizar nuestros motores y obligamos a aterrizar.

El bote apenas podía continuar su vuelo. Avanzaba con brusquedades. El navío de Drumma seguía volando, sin percatarse de la presencia del patrullero, que acortaba distancias considerablemente. —Dentro de unos minutos lo tendremos tan cerca que no podremos libramos de sus armas —rezongó Ranngall —. Pero se van a llevar una sorpresa.

El patrullero ya estaba tan cerca de ellos que incluso podían ver los emblemas que llevaba pintados en el costado. Sobre el salpicadero del bote empezó a parpadear una luz azul, indicadora de que alguien trataba de comunicarse con ellos ..

El istrien no le prestó atención. Se mordía los labios y sudaba copiosamente.

—He pedido instrucciones a Drumma por telepatía —dijo

aflojando sus músculos y dedicándose a los mandos con febril actividad-o Ellos huirán mientras nosotros nos encargamos de despistar al patrullero.

Arda rebosaba de alegría ante la perspectiva de que la nave del Imperio capturase el bote. La intervención del patrullero podía ser la solución a sus problemas de forma inesperada. Confiaba en que Ranngall no tuviese éxito cuando llevara a cabo su maniobra para desorientar a sus compatriotas.

El bote inclinó la aguda proa, internándose en medio de un penetrante silbido entre los árboles. La nave que lo seguía era demasiado grande para imitar aquel arriesgado vuelo. Se tenía que contentar con aumentar la potencia de su rayo magnético y perseguirlos a distancia mediante los detectores.

—¡Saca los cinturones antigravedad qué están bajo de tu asiento, Herle! —gritó Ranngall luchando para no chocar contra los colosales árboles que le salían al paso.

Herle abrió una pequeña puerta y sacó un cinturón metálico lleno de discos plateados.

—¡Dame uno! —le pidió el istrien.

El muchacho se lo entregó. Mientras metía la mano para sacar el siguiente, vio a Ranngall ajustarse el suyo a la cintura con una sola mano, sin dejar con la otra de mover conmutadores y palancas del salpicadero.

En ningún otro momento como aquél lamentaba Arda la inutilización de sus poderes mentales. De haber dispuesto de ellos habría intentado obligar a su enemigo a que condujera el bote junto al patrullero. HerIe ya se había colocado su cinturón y ahora buscaba el de la muchacha. Su rostro se quedó demudado cuando, después de buscar inútilmente, gritó a su aliado:

—iNo hay más! ¡Falta el de la chica!

El bote volaba sobre un gran claro y Ranngall puso el piloto automático. Continuaba siguiéndoles la nave imperialista. Se incorporó del asiento y accionó una sección de la cúpula plástica. Una violenta corriente de aire los golpeó.

—No hay ninguno más —respondió el istrien, dirigiendo una mirada de desprecio a la muchacha-o j Vamos, salta!

Los ojos de Herle estaban inyectados de sangre. Con los puños crispados, amenazó a la criatura de la Zona Neutral:

—¡Nos salvaremos todos o ninguno! ¡Busca una solución para que nos salvemos todos!

—Renegado badonita —las palabras del istrien más bien fueron escupidas que pronunciadas-o Deja a esa perra que muera. ¡Salta de una vez!

—¡No!

Arrojando por la boca una avalancha de palabras en su idioma, Ranngall pasó las piernas sobre el respaldo del sillón, intentando saltar por la sección abierta de la cabina. Apenas quedaba tiempo para hacerlo. La navecilla iba derecha hacia los árboles que se alzaba frente a ellos.

—¡Puedes irte al infierno junto con tu maldita terrícola!

Ranngall tenía medio cuerpo fuera del bote cuando, ciego de rabia, Herle lo arrojó dentro de la cabina, cogiéndolo por la cintura y taponando la salida con su cuerpo. El istrien, maldiciendo en su lenguaje, se lanzó contra el badonita, intentando apartarlo para saltar él. Arda se inclinó sobre el tablero de mandos y desconectó el piloto automático. Sus conocimientos de navegación eran profundos, pero se sentía desorientada ante el sistema que empleaban los istriens. A pesar de los inconvenientes que se le presentaban, pudo resolver en pocos segundos la difícil situación y conseguir que la nave diese un giro completo se alejase del peligro de colisión.

La lucha en la cabina, que se agitaba violentamente, era imposible de mantener. Apenas tenían espacio los luchadores para propinarse o esquivar golpes. Herle no pudo evitar que su contrincante se deshiciera de él y saltase del aparato, descendiendo lentamente gracias a su cinturón.

—Has hecho bien, Herle —dijo Arda terminando de sentarse ante los mandos-o Conduciré este trasto hasta el patrullero y…

Pero Herle tenía una idea muy diferente de las de Arda. Tomándola ente sus brazos saltó al vacío. El bote se encontraba a unos doscientos metros del suelo de hierbas altas del calvero. A pesar del gran peso, el cinturón antigravedad los bajó despacio. Los dos lograron ponerse en pie sin daños.

Arda se deshizo con violencia de los brazos del joven y le miró con reproche.

—¡Idiota! —masculló.

Herle se quitó el cinturón y el casco, arrojándolo todo lejos de él.

Luego alzó la mirada. El patrullero estaba describiendo cerrados círculos sobre ellos. Sus tripulantes tenían que haber visto el descenso de los pasajeros del bote, el cual, en aquel preciso instante, se estrellaba contra la copa de un altísimo árbol, desintegrándose en innumerables partículas en llamas.

—No tardarán en dar una batida por estos lugares —murmuró el badonita, mientras quitaba con violencia el casco a la joven.

Tomó a la muchacha de una mano y la arrastró al interior de la maleza. Quería alejarse lo más rápidamente posible de aquellos contornos. Arda protestaba a la par que insultaba a Herle, pero tuvo que correr tras él para no caer al suelo.

Estuvieron corriendo durante más de media hora, sin descanso.

Al cabo de este tiempo, Herle se detuvo al comprobar que su acompañante apenas podía dar un paso. Entonces recordó que todavía llevaban puestos los trajes espaciales. Con movimientos frenéticos se despojó del equipo a zarpazos, tirándolo al suelo. Arda se había dejado caer sobre el tronco de un árbol caído. Aquella actitud exasperó a Herle.

—Quítate el traje —dijo-o Te estorbará en este ambiente, y tenemos que damos mucha prisa todavía.

Los ojos de Arda brillaron.

—Puedes marcharte si lo deseas. Yo no pienso dar ni un paso más. Herle fue a responder cuando sus sensibles oídos captaron un rumor distinto al que producía en la selva mediante el viento y las miles de formas vivientes que formaban su fauna. Los tripulantes del patrullero no habían perdido el tiempo. Los seguían de cerca. Sin consideración alguna, hizo que la muchacha se desprendiese de su traje, desoyendo sus protestas. Acto seguido reanudaron la huida, él llevándola en brazos.

Anochecía y Herle se sentía terriblemente cansado. La muchacha, a pesar de sus continuas peticiones para que la dejase en el suelo, la seguía llevando cargada a las espaldas. No tuvo otro remedio que aceptar que había llegado el momento de hacer un descanso. Era peligroso deambular por la selva una vez oscurecido, cuando las alimañas y fieras salvajes esperaban caer sobre presas descuidadas y saciar el apetito.

El muchacho eligió un árbol no muy alto y de gruesas ramas, sobre las cuales podía acondicionar fácilmente un rudimentario lecho. Subió y lo inspeccionó. Luego cortó unas fuertes lianas y las echó abajo, descendiendo por ellas para reunirse con Arda.

—Arriba estaremos seguros hasta el amanecer.

Ella se encogió de hombros y subió al árbol, rechazando la ayuda ofrecida por el joven, a quien sorprendió con su agilidad. Una vez instalados sobre la rama, Arda preguntó;

—Estarás satisfecho, ¿no es cierto?

Él parecía ensimismado con sus pensamientos, giró la cabeza lentamente para mirarla.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—Has logrado desorientar a los patrulleros.

—Sabía que lo conseguiría con facilidad. Estoy acostumbrado a andar por la selva y sé elegir los senderos que no dejan huellas.

Callaron. De vez en cuando se oía el gruñido de alguna fiera que rondaba la base del árbol. Les pareció oír el ruido de una lucha. Después de unos minutos, nada. Silencio.

—Si hay algo que lamente, es tu origen —dijo Herle, quebrando la ramita con la que había estado jugando después de haberle servido para avivar la pequeña fogata.

—¿A qué te refieres?

—Desearía que fueses una muchacha badonita. Entonces todo sería diferente entre— nosotros.

—¿Acaso te has enamorado de mí?

—Me temo que sí.

—Tienes la solución a nuestro problema, Herle. Regresemos, que nos localicen los patrulleros. El Regidor se encargará de desbaratar los planes de la Zona Neutral. A los tuyos nada les ocurrirá. Te lo prometo. Habéis sido engañados.

Herle golpeó los puños entre sí, con furia.

—¡No puedo hacer lo que me pides! —gritó— ¿No comprendes que no puedo traicionar a los míos? ¿Por qué no ceden los tuyos? Tenéis que comprender que no deseamos seguir siendo vuestros esclavos.

—¿Esclavos? ¡Nunca se os ha tratado como a esclavos!

—Poco falta para ello. Deseamos ser libres, tener nuestro voto en la Gran Asamblea. El Imperio nunca ha escuchado nuestras

demandas.

—No sabes lo que dices. Ignoras que con vuestra actitud vais a hundir la Galaxia entera en el caos. La Zona os engañará, se burlará de vosotros.

—Cuando el Imperio sepa que estamos respaldados por la Zona, nos dejará en paz. Ningún mundo vale una guerra. —dijo Herle con fanatismo.

—Para el Imperio, Badoom lo es todo. Sí, tú mundo vale una guerra.

—Podéis prescindir del talén. Es lo único que queréis de mi planeta.

El bello rostro de la terrícola estaba sereno. Tan sólo el violento palpitar de su turgente pecho delataba el estado de sus nervios.

—La Zona es justa con nosotros. Sus peticiones, a pesar de mis discrepancias con Drumma, con honestas. Nos ayudarán a ser libres a cambio de casi nada —añadió Herle—. Tan sólo nos piden la destrucción del talén.

Arda estuvo a punto de gritar horrorizada.

—¡No sabes el mal vais a acarrear! —exclamó ella, estremeciéndose.

—No te comprendo...

—Vais a destruir el talén que estáis obligados a enviar a la Tierra, ¿no es así? Estoy segura de que desconocéis nuestro secreto; no puedo creer que seáis capaces de llevar al caos a la Galaxia entera, y asesinara miles de millones de seres por llevar adelante vuestros deseos. Estáis siendo engañados. La Zona conoce la debilidad del imperio, y valiéndose de vuestra candidez llevará a cabo su venganza.

—¡Estás diciendo tonterías! Nuestras intenciones se limitan a que el Imperio aceptará las peticiones que le hagamos y nos dejará en libertad. La Zona Neutral nos ayuda porque también necesitan el talén para sus mundos.

—Está bien, Herle. Voy a romper el juramento que hacemos los miembros del Gran Mando el día de nuestro ingreso y te voy a revelar el secreto del Imperio, que contadísimas personas conocen. Escucha con atención.

CAPÍTULO VIII

EL suave viento que se había levantado cimbreaba las ramas de los árboles y acariciaba el rostro del hombre y la mujer que se habían refugiado en las ramas del gran árbol en el que se habían refugiado.

—Es mejor empezar por el principio —dijo Arda.

»Comenzó hace más de doscientos años, cuando el naciente Imperio, conducido por los hijos de Tierra, se esparcía por todos los confines del espacio. Muchas razas comprendieron la necesidad de una sólida unidad galáctica y se aliaron a los conquistadores. Otras, en cambio, no solamente se negaron, sino que opusieron la fuerza de sus flotas. Una dantesca y larga lucha se inició, prolongándose durante muchos años. Las potencias combatientes no parecían agotar sus recursos humanos y materiales.

»Poco a poco el Imperio fue ganando terreno a costa de sembrar los planetas que iba conquistando a la Coalición con la sangre de millones de soldados. Las poblaciones empezaron a dar señales de agotamiento, cansadas de la interminable guerra. Miles de ciudadanos del Imperio huyeron en destartaladas naves a otros mundos alejados del campo de batalla. La mayoría llegaron un día a este planeta, entonces deshabitado y fértil.

»Decidieron fundar una colonia de agricultores y destruyeron las naves que los transportaron, convencidos de que los viajes por el espacio era la causa de la muerte de tantos seres. Pasaron los años, viviendo los que un día huyeron del horror de la guerra en la paz más completa, , ignorantes de las grandes victorias que el Imperio iba cosechando.

»Pero sucedió lo que tenía que ocurrir tarde o temprano. Arribó al planeta una nave de guerra del Imperio. Estaba en muy mal estado después de un combate que sostuvo con uno de los pocos

contingentes enemigos que aún luchaban. Los que ya se llamaban badonitas, los hijos de los emigrantes, recibieron con recelo a sus antiguos compatriotas. Éstos traían algunos heridos graves, que morirían sin remedio a causa de la radiación que habían recibido. Después de que hubieron arreglado las averías de la nave, los terrestres pidieron a los plantadores que cuidasen de sus camaradas heridos, sabiendo que no tardarían en morir. Los supervivientes tenían que regresar para intervenir en el combate final, en el confiaban asestar el golpe de gracia a la materialmente vencida Coalición. Los badonitas se comprometieron a cuidar a los condenados a muerte por la radiactividad. El comandante del crucero les dio las gracias y partió con el resto de su menguada tripulación.

»La guerra terminó con la esperada victoria del Imperio, que consolidó su poder. Los vencidos rechazaron la ayuda ofrecida por los vencedores para rehacer su industria, encerrándose en sus planetas originarios y negándose a mantener relaciones con el Gobierno de la Tierra. De esos planetas surgió tiempo después el Bloque de la Zona Neutral.

»Pasaron algunos años. A Badoom regresó el mismo comandante que había dejado parte de sus hombres. Su sorpresa fue enorme al encontrarlos con vida, casados con mujeres nativas y llevando una existencia feliz. No podía dar crédito a lo que veía. Indagó las causas y acabó descubriéndolas. Apresuró los preparativos de marcha y partió sin despedirse. Volvió semanas después. Su nuevo y flamante crucero descendió con otras naves en las que viajaban docenas de científicos e ingenieros.

Herle escuchaba las palabras de la joven con indiferencia, ya que conocía algunos detalles de la llegada de los extranjeros a Badoom, referidos por sus mayores.

—y así fue como el Imperio puso sus plantas en el olvidado Badoom y alentaron a los badonitas a que aumentasen la producción de talén. —Todo eso lo sé, aunque de distinta manera. ¿Qué secreto es ése? preguntó Herle con impaciencia.

—He preferido hacer antes un poco de Historia, de la verdadera, no laque vosotros habéis cambiado. Tengo que retroceder un par de lustros a la llegada definitiva del comandante a Badoom, cuando la guerra se encontraba en su punto álgido, a la época en que la

antigua Coalición desencadenó su última gran ofensiva, que casi la llevó a la victoria. Aquellos combates se desarrollaron en el mismo Sistema Sol, en la Tierra, Venus, Marte y otros planetoides con vida. Sin embargo, el Imperio logró rechazarlos, no sin impedir que el enemigo bombardease la atmósfera de todos los mundos. La contaminación no empezó a observarse hasta la terminación de la guerra, cuando los vientos empezaron a arrojar sobre la superficie las nubes radiactivas que durante mucho tiempo se mantuvieron inertes en la estratosfera.

»Fue durante esos días cuando el comandante regresó de su viaje a Badoom con la sorprendente noticia de que sus hombres que abandonara años atrás aún vivían. El Gobierno, junto con el Emperador, inició una investigación. El comandante había traído de Badoom muestras de los alimentos que los contaminados comieron durante el tiempo que aquí estuvieron. Fueron analizados y en uno de ellos encontraron la salvación para los millones de seres que vivían confiadamente en los planetas amenazados de radiación, a los cuales no se les había informado del peligro.

»Los problemas que hubiese tenido el Imperio de no haber sido por la afortunada intervención del comandante habrían sido insalvables, imposibles de solucionar. No se contaba con naves suficientes para trasladar a lugares seguros a las poblaciones en peligro. Ni en tres años se podía hacerla evacuación. Y mucho antes las consecuencias se habrían empezado a sentir.

»Pero aún se disponía de cierto plazo y no se perdió el tiempo.

Trajeron todo el talén de Badoom que pudieron. —¿Talén? ¿Era el talén lo que...? —interrumpió Herle.

—Sí. Fue talén lo que salvó la vida a los soldados imperiales dejados al cuidado de los tuyos.

A pesar de lo precaria que era la luz que arrojaba la hoguera, Arda pudo distinguir la palidez del rostro de Herle. Hizo como si no hubiese notado nada y continuó su relato.

—El talén se mezcló secretamente con los alimentos que tomaban los terrestres, venusianos, marcianos y demás habitantes del Sistema. Lo hicieron a tiempo; pero no con la antelación necesaria para evitar que perecieran miles de seres. Fueron, en realidad, pocos los que murieron para lo que se temía. El Imperio comprendió que el talén era la salvación para lo que ellos

representaban en el Universo: el orden y la paz. La Tierra se había convertido en un planeta mitológico, invencible, temido y respetado. Decidieron aumentar el cultivo del talén. Pero también tenían que conservar el secreto. La naciente Zona Neutral empezaba a dar muestras de deseos de revancha. Tan sólo la potencia de la armada sideral Imperial la mantenía detrás de sus fronteras.

»Rodearon a Badoom de potentes guarniciones, prestas a repeler cualquier ataque dirigido al planeta, pero destinando escasas fuerzas aquí, las suficientes para mantener el orden. Pensaron que sería prudente no demostrar la valía de este mundo agrícola.

El muchacho estaba anonadado, sumido en un mar de confusiones. Removió como un autómata los restos de la fogata y echó nuevas ramas secas.

—¿Por qué el Imperio decidió engañar a la gente? ¿Por qué no evacuó los planetas contaminados? —preguntó débilmente:

Ella negó con la cabeza con un rotundo gesto.

—No; no podía hacerla. Ante todo, tenía que conservar la unidad lograda con el sacrificio de dos mil millones de combatientes. La Tierra se había convertido en un símbolo para el Universo, la cuna de la raza humana. Si Tierra se hubiera convertido en una árida roca sin vida, todas las federaciones ligadas al Imperio le hubiesen perdido el respeto, y de nuevo el Universo se hubiera encontrado desmembrado y plagado de guerras territoriales.

—¿Ésa es la causa por la que los istriens exigen que destruyamos la cosecha de talén a cambio de su ayuda?

—Exacto. Apenas contamos con reservas de talén para mezclarlo con los alimentos. Un retraso en el envío de seis meses al Sistema provocaría la catástrofe.

Herle se sentía consternado. Creía a la muchacha pero no podía comprender cómo una planta, insignificante y poco aprovechable para ellos, que cultivaban porque la pagaban bien, significara tanto. ¿Y si Arda estaba mintiendo? Desechó aquella idea… porque no deseaba que ella le mintiese. Prefería pensar que los istriens eran unos villanos que, con sus arteras intrigas, trataban de destruir el Imperio para apropiarse de las migajas.

—Dime, Arda, ¿qué es en realidad el talén?

—Procuraré explicarlo con palabras sencillas. La estrella que

alumbra y da calor a este sistema es, como puedes suponer, de carbono, tipo G, pero muy vieja, casi próxima a entrar en nova, algo que no ocurrirá hasta dentro de miles de años, cuando el Imperio no sea sino un lejano recuerdo. Su combustión interna produce rayos cósmicos desconocidos que actúan como un agente depurador ante las radiaciones nucleares. Esta acción penetra en el singular suelo de Badoom. Su única manifestación de salida es el talén. Originariamente, el talén debió ser una planta corriente, con unas cualidades absorbentes mayores que las demás. El talén recoge del suelo los rayos cósmicos, adaptando su estructura al nuevo elemento. Aunque mil granadas atómicas cayesen sobre este planeta, el índice de radiación sería nulo. Y todo gracias al agente purificador que posee el talén. Por estos motivos nunca se ha podido cultivar el talén en invernaderos acondicionados.

Herle se levantó. Arda adivinó la nobleza de su corazón. Casi podía palpar la ira interna que dominaba al joven. Vio cómo sus nervudos puños se abrían y cerraban como si quisiera atrapar con ellos algo repulsivo. Su intuición le aconsejó permanecer callada, respetar el estado de ánimo de Herle, dejarle solo con la despiadada lucha que en su mente se desarrollaba en aquellos instantes. Le había abierto los ojos a la verdad. A la despiadada y cruel verdad.

Suspiró y se recostó sobre las suaves hierbas preparadas por Herle para que ella durmiera. El badonita se había sentado al borde de la rama, con los pies colgando en el vacío, la cabeza reclinada y el rostro sombrío.

No podía hacer otra cosa sino descansar. Tenía que estar fuerte para cuando amaneciera. Presumía que los acontecimientos venideros no iban a ser propicios para el descanso.

Apenas se dio cuenta de que se había dormido, pero no profundamente. El ruido de la selva la desvelaba a cada momento. Dos o tres veces miró a Herle, comprobando que continuaba en la misma postura. Ignoraba el tiempo que había pasado. La hoguera estaba medio apagada, brillando solamente las brasas. Herle no parecía haberse dado cuenta de ello.

No supo por qué motivo, pero se sintió inesperadamente despierta. Sus ojos miraban las altas ramas. La hoguera había terminado por apagarse, distinguiendo con dificultad la figura de Herle. ¿Qué sucedía? Sentía que algo indefinido la avisaba. Pero,

¿de qué?

Un suave rumor la hizo volverse hacia la derecha. Ella estaba segura de que aquel rumor no había sido captado por sus oídos; había sonado en su mente. No tuvo tiempo para indagar las consecuencias de aquel extraño suceso. El disco solar empezaba a levantarse por el horizonte. Débiles rayos de luz le permitían ver algo, aunque muy confusamente. Lo que Arda descubrió la dejó paralizada.

Se trataba de un cuerpo largo, con media docena de patas cortas y un grueso cuello que terminaba en una cabeza aplastada y repulsiva, cuya boca estaba repleta de blancos y afilados dientes. La bestia estaba agazapada en un tronco superior, sobre la adormilada figura de Herle, a quien el sueño y el cansancio habían vencido finalmente.

Arda intentó perforar las tinieblas con la mirada. No se atrevía a gritar para poner en guardia al badonita. Temía que cualquier palabra suya, pronunciada en voz alta para que Herle la oyera, podía precipitar el ataque del animal. Recordó la pistola de rayos que el joven guardaba en su pistolera; pero le era imposible hacerse con ella ya que no se atrevía a moverse. Casi estuvo a punto de gritar cuando vio que la bestia, que tendría unos cuatro metros de largo, se contraía para saltar sobre su presa más cercana: Herle Tarlan.

Y la bestia saltó.

Todo sucedió en un breve instante. Un fuerte dolor de cabeza, un penetrante zumbido en los oídos, y Arda vio cómo la bestia quedaba suspendida durante un segundo en el aire, describía un arco por encima de la cabeza de Herle y caía al suelo lanzando un desgarrador alarido. Se oyó un seco golpe. Inmediatamente, Herle se levantó empuñando la pistola. Arda se reunió con él, mirando hacia abajo. La bestia se retiraba cojeando. Había caído desde una altura de ocho metros.

Herle se apresuró a encender de nuevo la hoguera. —Me quedé dormido —disculpóse con voz ronca.

Cuando la hoguera llameaba otra vez, se acercó a la muchacha y la miró con fijeza, con los ojos enrojecidos.

—Estuve meditando —dijo-o Medité mucho. ¿Cómo lo hiciste? —Señaló el lugar por donde la mal herida bestia se había perdido

de vista. —Creo que los efectos del suero han cesado —respondió Arda, secándose el sudor con el dorso de la mano-o No ha podido ocurrir más a tiempo, ¿verdad?

—He estado meditado todo lo que me has contado. Te creo, Arda —dijo él lentamente. —¿Quieres decir…?

—Sí, estoy de tu parte. Lucharemos contra la Zona Neutral.

Ella le miró confusa. Movió la cabeza y abrió la boca para decir algo.

—No solamente debemos pensar en los tuyos y en los míos, sino también en nosotros —añadió él.

Y sus manos abarcaron con deseo la esbelta cintura de la joven, atrayéndola hacia él. Sus labios buscaron ansiosamente los de ella. Se le ofrecieron sin resistencia y la besó larga y profundamente.

Mientras el escarlata sol de Badoom continuaba su lento ascenso por la ensangrentada bóveda celeste, ellos se olvidaron de todo.

CAPÍTULO IX

A pesar de que Herle tenía en gran estima el tiempo que transcurría inexorablemente, se entretuvo en buscar frutas para saciar el hambre que sentían. Hacía más de veinticuatro horas que no tomaban alimento alguno. A Arda le gustó el sabor dulzón de las frutas silvestres escogidas. Después de beber un poco de agua en un arroyuelo cercano, iniciaron la marcha cuando Herle se hubo orientado. Llevaba presta la pistola para hacer fuego al menor indicio de peligro, a pesar de que las fieras de aquella selva no atacaban de día. La selva badonita no era tan densa como la de otros planetas. Podían abrirse paso sin tener que utilizar machetes.

Durante las dos primeras horas apenas hablaron. El semblante de Herle estaba contraído. Arda tenía dibujada en sus labios una mueca de duda, de temor. No cesaba de pensar que todo intento para desbaratar los planes de la Zona Neutral resultaría en vano. Quizá en aquellos mismos instantes los plantadores estaban procediendo a destruir la cosecha de talén. Ignoraba también lo que Dal Dorgem había conseguido. Conocía sus intenciones de personarse ante las grandes personalidades de los plantadores y hablarles. Ella discutió con él durante el viaje a Casstill, antes de separarse mostrándose disconforme con su intención de no sincerarse con los badonitas de la manera que ella lo había hecho con Herle. El Visitador replicó que el secreto era demasiado importante para confiarlo a unos hombres semisalvajes. Si lo hacía, obligaría al Gran Mando a modificar unos planes, elaborados concienzudamente hacía muchos años.

Continuaban avanzando. De vez en cuando cruzaban delante de ellos animales parecidos a los conejos terrestres, pero de piel azulada y brillante, con un pequeño cuerno entre los ojos. Herle no les prestaba atención, y Arda dedujo que eran inofensivos. El

muchacho se detuvo, extendiendo su brazo ante la chica. Luego señaló con su pistola un pequeño claro que se extendía delante. Dieron unos pasos y pudieron ver los bultos semiocultos por el follaje, cuya presencia había obligado a detenerse al badonita. Como no se movían, se acercaron más.

Herle se agachó y dijo:

—Son bastos —como Arda dio muestras de no entender, explicó: son parecidos a vuestros perros, pero terriblemente feroces. Están muertos, no hay duda, pero no puedo explicarme qué ha causado su muerte.

Arda se arrodilló junto a él. —Ha sido Ranngall.

—¿Qué dices?

—Ranngall pasó por aquí hace ya muchas horas. Fue atacado por los que llamáis bastos y se defendió con su mente. Resulta fácil destruir el cerebro de unos seres tan rudimentarios.

Herle no contestó. Fue examinando uno por uno a los animales muertos. Llegó hasta el otro extremo del claro y se volvió. —He contado sólo catorce —dijo pensativo.

—¿Qué significa eso?

—Que los bastos siempre van en manadas de treinta o cuarenta.

Arda comentó que lo más sensato sería alejarse de allí y proseguir el camino. Pero su compañero apenas la oyó. Se dedicó a inspeccionar el terreno con más cuidado, analizando las huellas de los bastos. Entre éstas encontró otras pertenecientes a unos pies calzados con grandes botas metálicas. El modelo del calzado era el mismo que el suyo, perteneciente al traje interior, ajustado al cuerpo que se ponía debajo del espacial. Aquello corroboraba la opinión de Arda. Los bastos habían sido aniquilados por el istrien. Apartó con el pie unas matas amarillas y surgieron ante sus ojos otros dos animales muertos. Tenían los ojos abiertos y la caja craneana destrozada. Un gran charco de sangre aparecía debajo de ellos. Más adelante halló un trozo de tela plástica de color verdoso gris. En uno de los bordes había restos de sangre coagulada.

—Es un pedazo del traje interior de Ranngall —aseguró Arda.

—Todo parece indicar que nuestro amigo no tuvo ocasión de aniquilar a todos los bastos de una vez. ¿Tú podrías haberlo hecho?

—Si afirmas que las manadas de esos animales nunca bajan de treinta y tantos, sería difícil matarlos a todos si están muy cerca. Se

necesita cierto tiempo para introducir en sus cerebros los dardos mentales y quemarlos. Casi medio minuto. Si son treinta bastos, casi veinte minutos son necesarios para aniquilar a la manada. Mientras tanto, a no ser que se esté refugiado en lo alto de un árbol, es imposible librarse de sus dentelladas.

—Continúas acertando, Arda —admitió Herle.

Estaban rodeados de árboles de regular tamaño. Alzó la vista y trató de descubrir en los más cercanos alguna huella que le indicara que el istrien lo había utilizado. No vio nada. Pero el argumento de Arda le había hecho ver con claridad lo sucedido en aquel lugar pocas horas antes. Con su peculiar agilidad se encaramó hasta la copa de un árbol.

Arda le siguió, llegando al mismo tiempo que él a lo alto del árbol.

Anduvieron unos metros sobre una rama muy ancha, casi formando una plataforma. Un bulto extraño estaba colocado grotescamente delante de sus pies. Se detuvieron y lo miraron con repugnancia. La visión no podía ser más horrible. No pudieron reprimir una sensación de vacío en el estómago.

—Esto no es Ranngall —dijo Herle, acercándose para verlo mejor.

—Sí; lo es.

Herle entornó los ojos. Aquella masa deforme, que poco tiempo antes debió ser un ser humano, o parecido a un ser humano, no tenía el aspecto de Ranngall, aunque a pesar de lo irreconocible que estaba aún poseía algunos detalles que no lo asociaban con la imagen que recordaba del istrien. Entre los trozos menos atacados por los bastos se veían perfectamente restos de piel verdosa y brillante, con nervios negros. En un extremo, una serie de tentáculos pardos y acabados en puntas estaban contraídos.

—¿Nunca has visto a un istrien bajo su verdadero aspecto? —preguntó Arda ante la duda de su compañero-o Mira.

y señaló tres bastos muertos a dos metros del destrozado cadáver.

Uno de ellos todavía tenía entre sus afilados dientes un trozo de carne ensangrentada.

—Ranngall no pudo acabar con la manada entera. Algunos bastos le alcanzaron y le devoraron en parte —añadió-o Cuando un

telépata siente el dolor, es imposible que pueda concentrar su mente. Algo parecido le sucedió a este pobre diablo.

—Es la primera vez que le veo bajo su verdadera identidad —contestó Herle.

—Son camaleónicos y pueden adoptar la forma que les apetezca. Después de que hubieron bajado del árbol y continuado el camino, Herle argumentó:

—Esa cualidad, unida a los poderes mentales, puede hacer a la raza istriense la predominante en toda la Galaxia. Les sería fácil adoptar la apariencia de los jerarcas y gobernar a su antojo.

Arda sonrió, divertida.

—¿Tan incrédulos nos estimas? Poseemos aparatos que detectan a los istriens. Su entrada en nuestros sistemas les está prohibida. A los que apresamos los sometemos a un tratamiento que los idiotiza para siempre. Entonces los devolvemos a sus mundos originarios.

—Drumma y Ranngall estuvieron en CasstilI y no fueron descubiertos.

—Es verdad. Resulta algo inexplicable. Pero al fin fueron descubiertos por mí. Lástima que los humanos capaces de dominar la mente ajena no seamos muchos.

—¿Por qué lo eres tú?

—Desde niña demostré cualidades para ello. Durante muchos años estuve educándome para obtener el grado Ultrasensorial.

Era mediodía cuando llegaron al borde de una ancha carretera de pavimentación gris ceniza. Herle dijo:

—Con un paco de suerte, antes de media hora espero que pase un vehículo que pueda llevamos al lugar de reunión del Consejo.

Se sentaron sobre una roca plana. Herle pasó su brazo por los hombros de la muchacha, que se reclinó sobre él.

—A veces me asalta el temor de que lleguemos tarde. ¿Confías en que los tuyos te oirán y acabarán rompiendo su alianza con los istriens?

—Espero que sí —respondió Herle, no muy convencido-o Pero estoy seguro de contar con el apoyo de los jóvenes. Ellos están más adaptados al cambio de los tiempos y comprenderán con más facilidad la verdad. ¿Pero has pensado que tendré que contarlo todo? Y tú dijiste que era un alto secreto…

Ella se encogió de hombros.

—Me importa muy poco que los míos-reprueben mi conducta. Incluso me tiene sin cuidado lo que piense Dal Dorgem. Siempre me opuse a algunas ideas suyas. Yo deseo solucionar la emergencia, como sea. No es hora para considerar los prejuicios. A pesar de nuestro poderío, durante unos días seremos débiles y tendremos que confiar en vosotros.

—Puedes estar segura de que nuestro comportamiento será el más lógico. Si los tuyos hubieran confiado en nosotros cuando...

Calló. Por la carretera apareció un enorme camión de cerrada y abultada caja. Iba solo, sin acompañamiento de seguridad. No era corriente aquello. Herle brincó de la roca y se situó en el centro de la ancha franja gris, agitando los brazos para hacerse ver por el conductor. El camión se detuvo apenas a tres metros de él, haciendo chirriar sus potentes frenos. Un iracundo badonita descendió de la cabina.

—¿Acaso has confundido mi camión con un taxi? —gritó mientras avanzaba con la mano rozando la pistolera que colgaba de su cinturón— ¡Apártate del camino si no quieres que te arrolle!

—¿No me reconoces, conductor? Mi nombre es Herle, y pertenezco a la familia Tarlan, de Stualf —preguntó Herle.

El furioso conductor abrió los ojos como platos.

—¡Por el Gran Océano! ¿Qué haces aquí, muchacho? Hasta el valle llegó la noticia de que te habías perdido en la selva. Muchos han salido en tu busca.

—Deseo que me lleves lo más rápidamente posible a la Casa Grande.

—¡Por supuesto! Pero di me, ¿no te acompañaba un istrien?

Herle se volvió e hizo señas a Arda para que se acercara. El conductor la miró extrañado y dijo: —¿Quién es?

El muchacho le empujó al interior de la cabina.

—Ya te enterarás después. Ahora es necesario que nos lleves pronto a donde te he dicho. ¡Vamos!

—Está bien, está bien —rezongó el badonita, poniéndose delante de los mandos-o Habéis tenido suerte de que mi camión sufriera una avería de importancia y me haya retrasado de mi grupo dos días.

Puso en funcionamiento el motor atómico y el mastodonte metálico emprendió la marcha. A pesar de su gran tamaño, el

pesado vehículo podía alcanzar con poca dificultad los ciento cincuenta kilómetros por la hora, incluso con su carga completa.

—Esta chica no parece de aquí. Casi afirmaría que es terrestre musitó el conductor para que Arda no le oyera. Ella parecía distraerse mirando el paisaje.

Herle respondió en tono cortante:

—No lo es. Sigue conduciendo con atención; no me agradaría estrelIarme contra cualquier obstáculo.

—¡Por diez mil pares de soles, muchacho! Si de algo estás seguro conmigo es de llegar con vida a la Casa Grande. ¡Y pronto estarás en ella! —y dicho esto pisó el acelerador con rabia, molesto ante los pocos deseos de hablar que tenían los pasajeros.

El camión adquirió más velocidad, deslizándose por la recta carretera vertiginosamente. El conductor no había pecado de vanidad al proclamar su pericia. En sus manos, que se movían con sorprendente agilidad sobre los mandos, el vehículo pronto adquirió más velocidad.

—Llegaremos a nuestro destino antes de una hora —afirmó.

Así fue. Cuando todavía faltaban unos cuatro minutos para que expirase el plazo prometido, el camión se detenía al pie de la escalinata de la Casa Grande. Algunos badonitas estaban en la entrada, charlando animadamente. Callaron cuando vieron el camión y a Herle bajar de la cabina, quien se volvió para ayudar a Arda y dar las gracias al conductor, que sin perder un segundo volvió a poner en marcha el motor, partiendo hacia los Montes Amarillos.

La pareja subió los escalones y se enfrentó a los plantadores. Uno de ellos se adelantó y les dio la bienvenida.

—¡Celebro que hayas vuelto, Herle Tarlan! Te creíamos irremediablemente perdido en la selva.

—Gracias, ValIda. El conductor me informó que algunas partidas

están buscándome. Será mejor les comuniquen mi regreso. —Así se hará, amigo.

—Quiero ver a mi padre. ¿Dónde está? —preguntó con ansiedad.

—Ahí dentro. El Consejo está reunido, muy agitado por cierto.

—¿Por qué? ¿Llegó el bote con los dos istriens?

—Sí. Y resulta que...

—¿No se ponen de acuerdo con el Consejo? —intervino Arda,

ante el asombro de los plantadores, que no habían reparado en su presencia.

El llamado ValIda se quedó dudando si debía responder o no a la pregunta de aquella muchacha morena, de suaves y exquisitas formas. —El Consejo está de acuerdo. Se trata de ese entrometido extranjero.

—¿Dal Dorgem, el Visitador? ¿Está aquí? —volvió a preguntar Arda.

—Sí, creo que se llama así. Pidió estar presente en el Consejo. Los

Venerables sólo accedieron a ellos cuando dieron por finalizados los acuerdos con Drumma. Fue una estupidez. Ese viejo ya había dicho bastantes tonterías y será perder el tiempo volverle a escuchar.

—Aún estamos a tiempo, HerIe —dijo Arda.

—Tengo que hablar con el Consejo —dijo Herle dirigiéndose hacia la entrada de la casa.

Dos fornidos badonitas le cerraron el paso. Yallda explicó:

—No puede ser, HerIe. La casa ha sido desalojada completamente.

Incluso no se ha permitido que aguardemos nosotros dentro a que terminen. Mira esa gente que hay allí.

Herle siguió la dirección del índice de Yallda. En el otro extremo de la terrosa explanada, bajo los pórticos de las viviendas, una ingente multitud de plantadores aguardaban sentados. Estaban con sus familias, esperando y mirando fijamente hacia la Casa Grande.

—Yo también desearía estar en el salón del Consejo— explicó el que parecía encargado de velar por la tranquilidad de los Venerables.

—Mi caso es diferente; no es la curiosidad lo que me impulsa a estar ahí dentro, Yallda. Es algo muy importante.

Yallda estaba sinceramente apesadumbrado, no quería discutir con su amigo, pero siguió moviendo negativamente la cabeza.

—De acuerdo. Esperaré —suspiró Herle, aparentemente resignado. Yallda sonrió contento ante la repentina conformidad del hijo de Ondae TarIan. No le interesaba indisponerse con él. Su familia era muy importante. Casi no tuvo tiempo de ver el cerrado puño de Herle dirigirse como una centella contra su rostro.

Yallda cayó al suelo pesadamente, a consecuencia del demoledor puñetazo. Sus compañeros se quedaron sin saber qué hacer. Herle aprovechó la confusión para agarrar a Arda de un brazo y abrir la puerta de un puntapié. Sólo entonces, cuando los badonitas les vieron correr al interior, se precipitaron sobre ellos. Yallda, desde el suelo, rugió:

—¡Cogedlos! —se levantó, frotándose el dolorido mentón.

Herle, mientras corría con Arda por las habitaciones y pasillos de la casa, iba cerrando puertas y derribando muebles. Había estado un par de veces allí y recordaba el camino que debía tomar para llegar al salón. Las voces de sus perseguidores sonaban peligrosamente cerca.

Lamentaba haber tenido que golpear a Yallda. Decidió que más tarde le daría toda clase de explicaciones. Se detuvieron delante de una maciza puerta negra, cerrada. HerIe recordó. Era la antesala del salón del Consejo. Cuando ya tenía abierta la puerta, un guarda se precipitó sobre él. Aunque blandía una pistola, Herle estaba seguro de que no tenía intención alguna de usarla. Pretendía intimidarle solamente. Consideró que no había tiempo para las explicaciones ni para sostener una lucha que daría tiempo al resto de los guardias a llegar. Empujó a la muchacha a la antesala y cerró la puerta en las narices del guardián, quien cayó soltando una retahíla de maldiciones.

Atravesaron con grandes zancadas la estancia, parándose ante la siguiente cerrada puerta. El joven se quedó sin haber qué hacer. Al otro lado se oían acaloradas voces.

Con furia inaudita, empujó las pesadas hojas de madera.

CAPÍTULO X

SI algo irritaba a Dal Dorgem, era la irónica y repugnante sonrisa que flotaba en los falsos labios humanos del istrien Drumma, que parecía divertirle tanto su victoria como la derrota del Visitador Imperial.

—El Visitador bien sabe que el Imperio nada puede hacer, que se encuentra indefenso ante nosotros —estaba diciendo el enviado de la Zona Neutral al Consejo-o Lo ha demostrado llegando hasta ustedes casi suplicante. El Imperio está caduco y atemorizado. Teme la potencia de nuestras naves, y ahora quiere solucionar las lógicas apetencias de Badoom incrementando el precio del talén. ¿Qué más pruebas son necesarias para demostrar a este Consejo las arteras maquinaciones de los expoliadores imperiales?

Un murmullo de aprobación salió de la mayoría de los Venerables. Dal Dorgem empezaba a sentirse molesto. A veces se tenía que morder la lengua para no levantarse y hablar en su defensa. Durante unos instantes estuvo a punto de quebrantar el juramento dado de respetar las reglas del debate, pero se contuvo a tiempo. Esperaría. Aún quedaba una salida, drástica y suicida... La solución final.

Cuando le fue concedida la palabra, dijo:

—Repito que no deseamos derramar sangre badonita. Podemos arrasar la Zona Neutral entera —su voz sonaba cansada. Sólo una personalidad tan férrea como la suya podía continuar adelante después de tantas contrariedades.

Drumma se levantó y se inclinó sobre él, apoyando las manos en los brazos del sillón. Acercando el rostro al Visitador, le dijo en voz baja:

—Bien. ¿Dónde está esa fuerza bélica? Ni tú ni nadie va a impedirnos que esas toneladas de talén desaparezcan. Cuando el

hecho se haya consumado, ¿qué sucederá? ¿Tendrá tiempo el Imperio para enviar sus flotas contra la Zona? ¡No! No podréis hacer nada. Nosotros, los istriens, nos encargaremos de que el pánico cunda en el Sistema Sol, que los planetas se alcen contra la tiranía terrestre. Todos los humanos serán ejecutados, convertidos en esclavos o muertos por la radiación que existe en el Sistema Sol.

Dal Dorgem miró con fijeza a los ojos del istrien. Sus labios temblaron levemente. Drumma soltó una sorda risa sobre su rostro.

—Ha llegado la hora de nuestra revancha, esperada durante doscientos años —dijo-o ¿Por qué no cuentas a estos pobres viejos una interesante historia? Es posible que los conmuevas y me expulsen de su sucio planeta. Pruébalo.

El Visitador no respondió. Drumma se alejó de él, dirigiéndose al Consejo. Catoe Wans, molesto, comentó:

—No hemos oído las palabras que ha dirigido al Visitador. ¿Puede explicamos a qué se debe esa confidencialidad?

—No son comentarios importantes para la consecución de nuestros fines, Venerable. Me parece, en cambio, que ya es hora de levantar esta reunión y actuar. El talén nos espera —se limitó a decir Drumma. —Drumma tiene mucha prisa. ¿Por qué? —preguntó Masse.

—Teme que su juego sea descubierto —barbotó Dal Dorgem.

—La presencia de este hombre no hace sino entorpecer nuestra la-

bor. Pido que sea retirado de aquí. Ya estoy cansado de soportar sus interrupciones, por los Soles —dijo Drumma señalando al Visitador.

Ondae Tarlan, que no paraba de moverse en su asiento y tenía el semblante ensombrecido por la desaparición de su hijo, gruñó:

—Da igual. Este Consejo está a punto de finalizar, puesto que no quedan más detalles que ultimar. Otorgamos al delegado extranjero el privilegio de asistir para que hablara. Ya lo ha hecho, y nada provechoso hemos sacado de sus palabras. ¿Tiene algo más que decir?

—Sí —asintió Dal Dorgem.

El anciano terrestre se incorporó y caminó hasta situarse cerca de la mesa negra. Paseó la mirada por los Venerables.

—Mis palabras ya no pueden basarse en la creencia de que voy a

convencerles. Es tarde para hacerlo. Tan sólo me queda la posibilidad de amenazar y, la verdad, estoy seguro de que pobre sería el crédito que me darían, puesto que sus mentes se hallan enturbiadas por las promesas de ese farsante. —señaló a Drumma —. Su aspecto es igual que el nuestro; pero debajo de esa piel falsa que le presta su cualidad camaleónica se esconde su verdadera figura, la cual no puede ser más fiel reflejo de sus intenciones mezquinas, tan grande es su fealdad.

—Repudiamos los prejuicios raciales —rió Masse.

—Esa pérfida raza, a la que pertenece vuestro aliado Drumma, des-

de que sufrió la derrota ante el Imperio, hace doscientos años, ha trabajado sin descanso para fortalecerse bélicamente a fin de poder enfrentarse a nosotros con una superioridad aplastante. No quieren iniciar un conflicto en el que la balanza esté nivelada. Son cobardes, no confían en su valor, y prefieren luchar con la intriga.

—Es un bello discurso, pero está resultando interminable. ¿Cuándo va a acabar? —preguntó socarronamente Drumma.

—Cuando ustedes piensen sensatamente, cuando se percaten de que están siendo llevados por la Zona a la hecatombe, y hundirse con ellos en la hoguera atómica que consumirá a toda la Galaxia, será demasiado tarde. El Coloso puede morir, desde luego, pero lo hará luchando y arrastrará con él a cuantos se pongan en su camino —dijo Dorgem.

Dalmoe tuvo que ser contenido por los guardias.

—¡Ya está bien de amenazas! —bramó Panna, asestando un puñetazo en la mesa. —Procedamos a la destrucción del talén. ¿No es eso lo que nos pide la Zona Neutral como prueba de nuestra lealtad y para llevar a cabo los compromisos contraídos? ¡Adelante! El porvenir sólo puede pertenecer a los audaces; los cobardes terminarán siendo aplastados.

—La sabiduría ha salido de los labios de ese Venerable —afirmó Drumma. Se volvió a los guardias y les ordenó— Conduzcan a los extranjeros a su habitación. Más adelante decidiremos si son apreciados por los suyos para utilizarlos como rehenes.

Ninguno, excepto Ondae Tarlan, se alarmó ante la actitud dominante del istrien. No fue de su agrado que el aliado del pueblo de Badoom diera órdenes delante de los Venerables. Se abstuvo de

hablar para no dejar en mal Jugar al presidente, a Catoe Wans, que no había objetado nada.

—¡Ahí tenéis una demostración de lo que pronto se convertirán vuestros aliados! ¡En vuestros amos! —gritó Dal Dorgem.

Se dirigían los guardias hacia el anciano para agarrarlo por los brazos y sacarlo del salón, cuando la puerta se abrió con violencia y entraron Herle Talan y una joven vestida con un ceñido traje azul.
—¡Herle! —exclamó Ondae, corriendo hacia su hijo. Pero el joven apenas prestó atención a su padre. Mientras se dirigía al centro de la habitación, fue diciendo:

—El terrestre tiene razón, Venerables. Drumma es un farsante.

Ruego que sea perdonada mi brusca entrada y que tengan a bien escucharme.

—Este caso es insólito —dijo furioso Catoe Wans—. Joven Tarlan, nos congratulamos de tu regreso, pero tu natural euforia no te da permiso para interrumpir el Consejo, ni mucho menos para insultar a nuestro aliado. ¿Acaso tu permanencia en la selva te ha trastornado?

—No, Venerable, de ningún modo.

—Tampoco el deseo de ver a tu padre te excusa —señaló Masse —. Pido a nuestro colega Ondae que sea él mismo quien ordene a Herle que abandone el salón en compañía de esa mujer...

—¡Un momento! —gritó Drumma— ¿Dónde está Ranngall?

—Murió devorado por los bastos. Nuestro bote fue capturado por el rayo de atracción del patrullero imperial y tuvimos que abandonarlo. Ranngall se negó a que la terrestre Arda se salvase. Luchamos y perdimos el contacto con él. Al día siguiente lo encontramos en unas condiciones que nos resultó difícil identificarle —explicó Herle.

Drumma crispó los puños. Empezó a comprender que, de no actuar a tiempo, correría el riesgo de perder la ventaja que había adquirido. Aquel muchacho tenía que haber averiguado demasiadas cosas. Preparó su energía mental para destrozarle el cerebro si era necesario. Lo haría, sin duda.

—Hijo, será mejor que te marches —le dijo Ondae.

—¡No! —aulló Drumma— Esa joven es peligrosa, es una espía del Imperio. En Casstill nos descubrió a mi compañero y a mí, y a Herle Tarlan. Nos utilizó cuando Ranngall y yo estuvimos a punto

de destruirla. Ella dominó la mente de Herle y lo obligó a saltar al fondo de un tubo de Magnético para que nosotros, al salvarle a él la salváramos también a ella. Esa mujer posee un poder endiablado. Le respetamos la vida a petición de Herle. —soltó una risotada-o Ignoro con qué le pagó a cambio de su protección. Estoy seguro de que ella le domina desde entonces.

—Las palabras de nuestro aliado son muy duras —opinó Ondae.

—¿Cuál es la opinión de Drumma, su consejo respecto a todo esto?

—Existe un suero que anula los poderes mentales. Mi opinión es, si los Venerables repudian las ejecuciones, que le sea administrado a la terrestre. Los efectos del anterior pueden desaparecer. Si se viera libre, nos podría causar problemas.

Mientras tanto, sin que nadie lo advirtiese, Arda consultaba con la mirada al sorprendido Dal Dorgem, quien no podía creer que fuera cierta la aparición de su colaboradora en el Salón del Consejo. Ella intentó transmitirle un mensaje de confianza.

—Nada de lo que diga Drumma se deberá hacer. No se pondrá ningún suero a la terrestre, porque está bajo mi protección... Como tampoco se destruirá el talén —aseguró Herle.

Masse intentó tranquilizarle.

—La Zona Neutral nos compensará largamente de la pérdida. ¿No te lo dijo Drumma? Nos pagarán la cosecha de talén destruida.

—Me lo explicó —replicó Herle torciendo el gesto-o Pero no me habló de la verdadera razón que mueve a la Zona a establecer una alianza con Badoom. ¿Por qué no nos aceptan sin necesidad de destruir el talén? ¿Acaso no hay otras pruebas para demostrar nuestra buena fe y al mismo tiempo establecer una estrecha colaboración con ellos?

Un largo silencio acogió las dos preguntas de Herle. Los Venerables se miraban entre sí, para luego, volverse hacia Drumma.
—Reconozco, por el Sol Rojo, que a mi hijo no le faltan razones rezongó Ondae—. Solicito a este Consejo que exija al istrien una aclaración de lo expuesto por Herle, a quien doy absoluto crédito.

El macilento rostro de Drumma se tornó púrpura de ira.

—Me niego a reanudar una cuestión que hace tiempo se dio por finalizada. ¿Tan poco decididos son los badonitas que titubean como niños ante las dementes palabras de un joven que está siendo

manejado como un juguete por una terrícola, por una enemiga del pueblo de Badoom?

—Drumma tiene razón —afirmó Panna, golpeando la mesa-o Que nos demuestre Herle que no está bajo el influjo telepática de está muchacha.

Ondae se volvió hacia su hijo, pidiéndole:

Hazlo, muchacho. No me defraudes. Bien sabes que siempre te he tenido confianza, nunca he dejado de creer en ti. Rectifica tus palabras si no estás seguro de ellas. Si has mentido, la vergüenza caerá sobre nuestra familia.

Arda sorprendió a todos al encararse con el Consejo.

—Herle dice la verdad. No voy a disculpar al Imperio ni aminorar sus defectos. Pero si algo se le puede censurar, es su celo por la seguridad de sus ciudadanos. Escuchadme bien, badonitas: pese a mi juventud, pertenezco al Gran Mando Imperial, al igual que mi compañero Dal Dorgem. Vine con él a vuestro planeta para atajar pacíficamente un peligro que bien pudimos hacerlo por la fuerza, puesto que estábamos enterados de él desde sus comienzos. Ahora ya es tarde. Confieso que en vuestras manos no solamente tenéis vuestra libertad, como asegura el istrien, sino la vida de los billones de seres que habitan en el Sistema Sol.

—Nos deja estupefactos las palabras de la terrestre —comentó Catoe Wans—. Más bien diría que no la entendemos. ¿Cómo es posible que en nuestras manos se reúna tanto poder?

—Se refiere a lo que sucedería si el talén fuese destruido —puntualizó Herle.

Y relató a continuación con más brevedad lo que la noche anterior le contó Arda. Pero Drumma apenas le dio tiempo a terminar. Colérico, dijo:

—¡Insisto en que el Consejo firme la de destrucción inmediata del talen y no escuchemos a este muchacho, poseído por la terrícola!

A continuación, Masse se incorporó del sillón, con el fofo rostro congestionado y manoteando bruscamente.

—¡Es lo justo! Puesto que en este Consejo hay dudas, propongo que los que estén conmigo se levanten. Pido también que Herle Tarlan sea declarado perjuro y arrojado de nuestra sociedad. Es lo menos que merece quien ha quebrantado algo tan sagrado como las

deliberaciones secretas del Consejo.

Dos ancianos se levantaron. Los demás parecían dudar. Algunos miraban al padre del agitador del Consejo. Drumma empezó a sonreír triunfador, nuevamente seguro de sí mismo. Pero su sonrisa poseía un amargo rictus que nadie en el Salón, excepto Arda, podía interpretar. Dlobe, Panna y tres Venerables más se unieron a Masse. Parecía inminente que se proclamara la mayoría que condenaba a Herle.

—¿Qué os hace dudar? —espetó Masse a los que estaban sentados.

—¡Estáis locos! Nunca ha pasado por la mente de las badonitas la idea de alcanzar la libertad a cambio del sacrificio de millones de seres, aunque sean del Imperio —protestó Herle.

—¿Puedes demostramos que es cierto lo que dices? ¿Es verdad que el talén es lo que mantiene libres a los terrestres de las radiaciones? preguntó Catoe Wans—. Reto a ese muchacho torpe a que lo haga.

Ondae sintió sobre él las miradas de sus compañeros que permanecían sentados, esperando su reacción. Les agradecía en silencio la postura que con él tenían. Le demostraban su amistad en aquellos difíciles momentos, en los cuales el porvenir de su hijo, incluso el suyo, se tambaleaban. Si Masse obtenía la cantidad de votos necesarios para respaldar su petición, la deshonra caería sobre el apellido Tarlan.

—¿Estás en contra de nosotros, Ondae? —le increpó Masse.

Ondae le miró. Apenas podía creer que Masse, al que siempre había estimado por sus opiniones sensatas, se hubiese vuelto tan violento ante la actitud de su hijo.

Aún se debatía en mil razonamientos diferentes, cuando algo que sucedía a su izquierda le hizo volver la cabeza hacia Drumma.

El istrien parecía estar sufriendo sacudidas eléctricas en su cuerpo. Sus piernas vacilaron y cayó de rodillas al suelo, al mismo tiempo que sus ojos refulgían en dirección a la muchacha terrestre, quien también daba muestras de estar padeciendo una tortura mental.

Drumma se levantó torpemente y se apoyó sobre el respaldo de una silla. Estaba un poco más reanimado. Pero su aspecto exterior distaba mucho de representar lo que sentía en su mente atacada por

el despiadado ataque de Arda. Se oyó entonces en el Salón un ronco gemido, proferido por Masse al caer al suelo después de resbalar lentamente de la mesa, quedando sentado con la cabeza reclinada sobre el pecho.

Ussex comprendió lo que estaba pasando. Su mano bajó rápida hacia la pistolera que llevaba al costado. Pero Herle saltó a tiempo sobre él y le impidió que la empuñara, asestándole a continuación un puñetazo con todas las fuerzas de que disponía. Luego, cuando lo tuvo en el suelo, acabó por dejarle fuera de combate con tres golpes propinados en el pecho. De un puntapié envió a un rincón la pistola.

Mientras había luchado con Ussex, el duelo mental entre Arda y Drumma estaba llegando a su desenlace. El istrien había sido sorprendido cuando estaba ocupado manejando a su antojo a Masse, y tenía la mente en blanco, completamente abierta, en la confianza plena de que ninguno de los presentes podía descubrir su juego ni aprovechase de su precaria situación para asestarle un ataque por sorpresa. Y la muchacha terrestre había sabido escoger el momento para empezar a lanzarle sondas mentales, cuando Drumma estaba más ocupado en hacer hablar a Masse para incitar a los Consejeros. Ahora lo tenía acorralado, sin darle tiempo a defenderse ni a cerrar sus barreras y contraatacar.

Drumma se estremecía, al tiempo que sus movimientos se hacían más lentos y bruscos, como los de un robot que tuviese sus engranajes mal construidos. Ahora estaba caído de bruces, de cara al suelo. Un hilillo de aquella sangre rojiza, casi negra, le brotaba de la comisura del labio inferior.

Arda se sabía vencedora. Sentía que a cada segundo encontraba menos dificultades en su ataque. Las emanaciones mentales de su contrario se iban debilitando, mientras las suyas se adentraban más y más en su cerebro y le iban destruyendo tejidos y masa encefálica. Un nuevo intento convertirla a Drumma en un idiota. Pero aquélla no era su intención. Lo quería vivo, con cierto grado de intelecto intacto para que pudiera comparecer ante la Corte Imperial, ante sus colegas del Gran Mando y el Emperador, y en su presencia confesara sus culpas.

Con habilidad se fue apoderando del istrien sin dificultad. Le sorprendía lo fácil que se estaba desarrollando todo, muy diferente

a lo que sucedió en el andén del Magnético. Pero aquella vez eran dos mentes contra la suya. Y, posiblemente, la de Ranngall era más potente que la de Drumma. El ser de la Zona no mostraba el más leve indicio de intento de lucha. Se sabía vencido y se abandonaba a merced de su vencedor. ¿Acaso esperaba misericordia? Arda se instaló cómodamente en lo que quedaba de su malparada mente y le provocó un colapso que le mantendría durante unas horas en estado de inanición absoluta. El rostro desfigurado por el dolor de Drumma golpeó el duro pavimento, quedando su cuerpo inmóvil.

Masse se había recobrado y, aturdido, sin saber qué había sucedido, trataba de balbucear unas palabras, pero sin conseguirlo.

Arda suspiró aliviada después de tan agotadora lucha. Herle acudió a su lado, mirando retadoramente al Consejo. Los guardianes armados, junto con los recién llegados hombres de Valida, que durante la lucha se habían mantenido a la expectativa a una orden de Catoe, rodearon a la pareja.

Roncamente, Herle dijo:

—Aún no ha terminado la lucha —señaló los dos inanimados cuerpos y agregó— Queda en el espacio, describiendo una órbita alrededor de Badoom, una nave istrien capaz de arrasar la zona de los Montes Amarillos si Drumma ha tenido tiempo de comunicarse con ellos y darles la posición. Ahora, el Consejo tiene la palabra.

Todos callaron. Dal Dorgem, el oficial Dalmoe, Herle y Arda esperaron con ansiedad lo que iba a decir el presidente del Consejo. De sus palabras dependería el porvenir de toda la Galaxia.

¿Había comprendido el anciano el alcance del silencioso combate?

¿Comprendía el latente peligro que para todos representaría aquella inhumana raza si el talén era destruido, si el símbolo del Imperio dejaba de serIo?

CAPÍTULO XI

ERA necesario que vinieras, muchacho.

—Desde luego —corroboró Ol Owar, interpretando el malicioso guiño que le dirigió Dal Dorgem.

Herle Tarlan, vistiendo ropas más adecuadas para andar por una populosa ciudad como Badoburg, estaba cómodamente sentado en un sillón frente a los dos altos dignatarios.

—Todavía no sé para qué he sido requerido, señores —respondió-o Todo terminó.

—Cierto —rió Dal Dorgem—. Pienso partir pronto; quizá mañana. El Imperio ya ha enviado una nave para mí y la miembro del Gran Mando. ¿Lo sabías?

El joven bajó la mirada. Después de que todo se hubo aclarado no tuvo ocasión de cambiar unas palabras con Arda, a la que amaba con toda su alma. Creía que ella le correspondía, pero necesitaba saberlo.

Días después se preguntó si Drumma había tenido razón cuando atirmó que ella había utilizado, como lo había hecho con Masse para secundar sus planes. No se arrepentía de haber truncado la alianza de los suyos con la Zona. Ahora, cuando los ánimos estaban más calmados, todos se alegraban de que las cosas no hubieran seguido por aquel turbulento cauce. El Imperio empezaba a dar muestras de corresponder a la acción de los badonitas. El pago del talén, que en aquellos momentos estaba siendo embarcado rumbo a la Tierra, se había triplicado. Hasta se hablaba de ciertas libertades que se les otorgarían para iniciar una modesta industria dedicada a fabricar lo más indispensable, que les liberaría de un buen porcentaje de la importación.

—No, no lo sabía —respondió al cabo de algún tiempo.

—Hace pocas horas que fui llamado por el Secretario particular

de

Su Alteza. Me dio a mí y a mi colega Arda noticias de sumo interés para los tuyos, muchacho.

—¿Cuales? —preguntó poco interesado en saberlo.

—El Gran Mando Imperial conoce todo lo acaecido en Badoom y el noble comportamiento del pueblo badonita. Se sienten consternados por el antiguo sistema que regía este planeta y se lamentan por no haber confiado más en nuestros distantes parientes, en vosotros.

Ol Owar le interrumpió cuando iba a hablar.

—Espero que también se habrá acordado de citar mi labor al Emperador, Dal Dorgem. Gracias a mi testarudez se decidió usted a permitirme que reclamara la flota sideral de Casstill y la mantuviese oculta en el lecho del Gran Océano, dispuesta a actuar. De no haber estado allí, me temo que la nave istriense hubiese podido bombardear impunemente las Montes Amarillos.

Herle desconocía lo sucedido a la nave que le transportó a Badoom desde Casstill.

—¿Qué ocurrió con la nave?

—Efectivamente —explicó Dorgem—, Drumma fue previsor y dio al comandante de la nave istriense las coordenadas para que bombardease los Montes Amarillos en caso de que los badonitas se negasen a destruir el talén. Los cruceros del Regidor la destruyeron cuando estaba penetrando en la atmósfera. Fue cuestión de segundos que salvásemos los depósitos.

—¿Así que usted estaba respaldado, tal como temía Catoe Wans, por la flota escondida en el fondo del mar?

—Era mi última jugada, muchacho. Mira.

El Visitador se desabrochó la túnica y mostró su pecho desnudo.

A la altura del corazón tenía una plaquita de metal empotrada en la carne. Dijo:

—Está conectada con el corazón. Es un aparatito que mantiene a otro encendido mientras yo esté con vida. Es una idea que tuve en la Tierra antes de mi partida. Lo pensé mucho. Ol Owar tenía instrucciones para desencadenar un ataque al lugar donde yo estaba si el aparato que le indicaba que vivía daba señales de la contrario. Lo instalé en la nave almirante. Las órdenes comprendían el total arrasamiento de la zona, excepto la que guardaba el talén, la

protección aérea de ésta y la inspección del espacio exterior.

—¿Acaso pensó que los míos le asesinaran?

—No. Pero sí que me encerrarían. Yo tenía que estar seguro de po-

der avisar al Regidor para que actuase mediante un sistema que se apartase del clásico transmisor de bolsillo que siempre podía ser descubierto. Esta plaquita no podía despertar sospechas porque se asemeja mucho a los mecanismos que nuestros médicos colocan a los hombres de corazón débil.

—¿Entonces...?

Dal Dorgem suspiró.

—No tenía otra alternativa que suicidarme. Por fortuna no llegó la situación a tan drástico extremo. Ahora tendré que soportar esta molestia —se tocó la plaquita metálica— hasta que regrese a la Tierra y me vuelvan a operar. Es algo complicado para hacerlo aquí.

—Le pido que me diga lo que sea, Visitador. Es mi intención retornar a la plantación. ¿De qué se trata?

Dal Dorgem se levantó y tapó se la boca con la mano, ahogando un sonoro bostezo.

—Tengo mucho sueño, muchacho. Será mejor que me eche a dormir un ratito. Si descanso bien, a lo mejor se me ocurre ordenar la partida para esta misma noche ... si mi colega Arda está de acuerdo, desde luego.

y sin decir ni media palabra más se retiró, dejando a HerJe sin saber qué hacer. Éste se volvió hacia el Regidor, pero comprobó que estaba solo en la estancia.

Oyó abrirse una puerta a su espalda, a continuación los suaves pasos de una persona caminar hacia él. Giró sobre sus talones y se enfrentó con Arda.

Tragó saliva al ver que estaba más bella que nunca. Tuvo que reprimir sus deseos de estrecharla entre sus brazos. La muchacha vestía una blusa sin mangas de color verde claro, ajustada. Una falda por encima de las rodillas ayudaba a mostrar el contorno de su silueta y el torneado perfecto de sus piernas. Su rostro, empero, se mostraba serio y distante.

—Dal Dorgem me ha pedido que te entregue el mensaje personal del Emperador —dijo con frialdad.

Herle adelantó un paso y se quedó quieto, rozando su pecho con

el de Arda, que difícilmente podía ocultar su emoción ante aquel nuevo encuentro. Le preguntó:

—Supuse que querías verme para… Olvídalo.

—¿Tú lo has olvidado? —preguntó ella empezando a sonreír.

—No entiendo… ¿Qué es lo que he olvidado?

Por toda respuesta, la muchacha se puso de puntillas y rozó con sus rojos labios los de Herle. Éste ya no se sintió capaz de continuar fingiendo una frialdad que no sentía y la besó furiosamente, temiendo que en cualquier momento alguien se la arrebatara para conducirla a la nave que la llevaría de vuelta a la Tierra.

—Estoy dispuesto a declarar la guerra yo solo al Imperio si te marchas, Arda —musitó, volviéndola a besar.

—Estaba temiendo que fueras a permitir que me marchara —respondió ella, reclinando su cabeza en el pecho de él.

—Me desconcertante cuando dijiste que pertenecías al Gran Mando. Aquello me hizo verte más lejos de mí que nunca.

—Creo que ya debo darte el comunicado Imperial.

—¡No! Puedes hacerlo delante del Consejo completo para el próxi-

mo mes, en las plantaciones, porque tú te vas a venir conmigo hoy mismo, después de casamos, naturalmente.

De improviso penetró Dal Dorgem. Los jóvenes se separaron un poca confusos al verse sorprendidos.

—Es la primera vez que veo a todo un respetable miembro del Gran Mando ser besado por un badonita. Habrá que consignar la fecha —dijo el anciano, divertido, regresando a la puerta al comprobar lo poco grata que resultaba su presencia—. Espero que este ejemplo no cunda en los demás miembros de nuestra alta institución y sobrevenga una crisis política.

—Tú te encargarás de presentar mi dimisión, querido Dal Dorgem, le dijo Arda.

—Ya la tengo preparada, Arda. Bien, muchacho, tendré yo mismo que darte la noticia, pues veo que aún la ignoras. Se trata del próximo ingreso de Badoom en la Gran Asamblea. Prepárate, pues eres el más indicado de los candidatos para ser nombrado Embajador en la Tierra de Badoom.

Se ocultó tras la puerta, pero volvió a asomarse para añadir:

—Veo que la noticia la ha recibido con más alegría Ol Owar.

Significa para él que pronto dejará este planeta, que él cree tan vulgar, puesto que la regiduría desaparecerá —terminó riendo y optando por alejarse definitivamente. Las fulminantes miradas que Herle le estaba dirigiendo no tenían nada de tranquilizadoras.

Al día siguiente, al despuntar el purpúreo alba, el navío interestelar enviado especialmente por el Imperio partió rumbo a su distante destino con un solo pasajero.

FIN